



SIRIA.—Lápidas asirias, cerca de la embocadura del Lico (rio del Perro), á dos kilómetros de Berito. (Pág. 168).

MONGOLIA.

ESTADO DE LA MISION BELGA.

Muchos son los trabajos emprendidos y los progresos realizados de veinte años acá por los misioneros de la Congregacion de Nuestra Señora de Scheut-lez-Bruxelles en las inmensas comarcas situadas en el centro del Asia, entre el imperio chino y las posesiones rusas del rio Amor. Gracias á las noticias suministradas por el Ilmo. Vranckx, digno superior de la Congregacion, puede conocerse el estado actual de los cuatro vicariatos apostólicos sucesivamente confiados á la abnegacion de los celosos misioneros belgas en aquellos remotos países. No podemos menos de recomendar á la caridad sin límites de los católicos esta parte tan interesante de la viña del Señor.

SON jóvenes sacerdotes del seminario de Scheut-lez-Bruxelles se embarcaron en Marsella el 15 de febrero último para las Misiones del Asia central, bajo la direccion del Ilmo. Alfonso de Vos, vicario apostólico de la Mongolia occidental, vuelto hacia pocos meses á Europa para ocuparse de los intereses del vasto y pobre vicariato confiado á sus desvelos. Si el Señor concede feliz viaje á esos valientes apóstoles, la Congregacion de Scheut contará en los cuatro vicariatos confiados á su solicitud, cincuenta y cuatro sacerdotes, contándose entre ellos nueve sacerdotes indígenas salidos del seminario de Sy-wan-tse, residencia episcopal de la Mongolia central.

Echemos un rápido golpe de vista retrospectivo sobre los trabajos de esta joven Congregacion. La primera partida de misioneros se verificó en setiembre de 1865:

Año VI.—N.º 129.

la piadosa caravana, compuesta de los RR. Hamet, Van Segvelt y Vranckx tenia á su frente el fundador mismo de la obra, Rdo. Verbist. Hacia ya muchos años que el inmenso territorio de la Mongolia estaba bajo la jurisdiccion de la Congregacion de Lazaristas de París; pero esos valientes religiosos, encargados de gran número de otros vicariatos, habian suplicado á la Santa Sede que encomendase la evangelizacion de la Mongolia á otra Sociedad. Los misioneros belgas que llegaron á Sy-wan-tse en diciembre, fueron puestos al corriente de los negocios de la Mision por el Rdo. Bray, actualmente vicario apostólico del Kuang-si, y por el venerable Chevrier, que algunos años más tarde fué cruelmente asesinado en Tien-tsin.

Inmediatamente despues de la partida de los hijos de san Vicente de Paul, el Rdo. Hamer fué á establecerse en la parte Nordeste, y el Rdo. Van Segvelt en la parte Sudeste de la Mongolia, no lejos de las fronteras de la Mandchuria; los Rdos. Verbist y Vranckx se compartieron el trabajo en Sy-wan-tse, residencia principal de la Mision.

El año siguiente la casa-matriz de Scheut envió un refuerzo de cuatro compañeros, lo que permitió crear estaciones en la parte occidental de la Mision. Mas ¡ay! el 5 de abril de 1867 experimentaron los jóvenes apóstoles una grave pérdida, pues el más ardiente de todos, el Rdo. Van Segvelt, cayó víctima de su celo y caridad al cuidar de infelices enfermos atacados del tífus. Apenas esta noticia fué conocida en Bélgica cuando dos nuevos compañeros volaron al auxilio de la Mision tan cruelmente probada.

15 Mayo 1885.

Después de su instalación, el Rdo. Verbist intentó realizar un proyecto de la mayor importancia, el de poner la experiencia que había adquirido de las necesidades de un país de Misión en provecho de la organización sólida del seminario de Scheut. Pero en el momento en que se disponía á partir, plugo á la divina Providencia llamarle al descanso del cielo, y espiró piadosamente en Lav-chu-ku el 23 de febrero de 1868.

La ejecución del proyecto concebido por el malogrado fundador fué confiada al Rdo. Vranckx, nombrado superior general. De año en año tuvo el consuelo de poder enviar nuevos apóstoles á Mongolia. En 1871 el Rdo. Bax, que había dirigido la casa-matriz después de la salida de los primeros misioneros, partió con el título de provicario apostólico. La Misión tomó gran desarrollo bajo su paternal administración: surgieron diferentes nuevas cristiandades, principalmente en la parte occidental de la Mongolia. Como era natural, los misioneros se habían contentado hasta entonces con establecer residencias en los lugares donde grupos de cristianos, más ó menos considerables, vivían diseminados en medio de poblaciones paganas; pero parecía llegado el momento de impulsar más adelante sus conquistas y de llevar el Evangelio al seno de las naciones idólatras.

A partir de 109° de longitud hasta las fronteras occidentales de la Rusia de Asia se extienden inmensos territorios ocupados por tribus nómadas á las cuales nunca había sido anunciada la Buena Nueva. Dos ardientes misioneros, los RR. De Vos y Verlinden, solicitaron el permiso de intentar esta obra difícil, y pasaron al río Amarillo á principios de 1874: á costa de grandes sacrificios exploraron el país de los *Ortús*, sembrando á su paso la divina palabra y procurando ganar la benevolencia de los reyezuelos de las tribus. La divina Providencia bendijo sus esfuerzos, y habiendo obtenido el año siguiente la ayuda de cuatro nuevos compañeros, emprendieron con valor la creación de algunas colonias agrícolas y principalmente á lo largo del río Amarillo, donde la población es más densa y el suelo más fértil.

La Santa Sede alentó el celo de los misioneros belgas erigiendo la Mongolia en vicariato apostólico en 1874.

Entre tanto la casa matriz continuaba enviando cada año obreros apostólicos, y el seminario indígena había formado ya algunos sacerdotes que ayudaban á los misioneros europeos en su rudo trabajo.

El vicariato del Chen-si, administrado por los Padres Franciscanos italianos, bajo la dirección del venerable obispo Chiaïs, era menos favorecido que la Mongolia en cuanto al número de obreros apostólicos, cuyo alistamiento era cada vez más difícil en Italia á consecuencia de las leyes sobre el ejército. Además del Chen-si el Ilmo. Chiaïs tenía bajo su jurisdicción la inmensa provincia limítrofe del Kan-su. Viéndose en la imposibilidad de evangelizar con éxito esa parte de la viña del Señor, había suplicado á la Santa Sede que le descargase de ella, y Su Santidad Leon XIII en 1878 erigió el Kan-su en vicariato apostólico, añadiendo el distrito inmediato del Ku-ku-noor y toda la parte occidental de la Tartaria todavía no ocupada por misioneros. La administración de esa inmensa comarca fué confiada á los sacerdotes de la Congregación de Scheut. El primer cuidado del Ilmo. Fernando Hamer, nuevo vicario apostólico, fué informarse del número de los cristianos y resultó que había 1,400 dispersos en un extenso territorio, y la mayor parte desprovistos de conocimientos

religiosos. Felizmente se le expidieron nuevos refuerzos y en breve, Dios mediante, tendrá bajo su jurisdicción trece valientes colaboradores establecidos en diferentes estaciones, siendo las principales las ciudades de Leang-tcheu, Lan-tcheu y Kan-tcheu.

El número de los misioneros aumentaba cada año, y gracias á Dios el de los nuevos cristianos crecía también en proporción, por lo que á petición de la sagrada Congregación de Propaganda el Padre Santo dividió la Mongolia en tres vicariatos apostólicos.

Dicha sagrada Congregación desea ardientemente que cada vicariato en China tenga su seminario para la formación de un clero indígena. El de la Mongolia central cuenta treinta alumnos; los del Kan-su y de la Mongolia oriental están en vías de formación, y uno de los primeros cuidados del Ilmo. De Vos será ocuparse en esta importante creación así que haya vuelto á su vicariato.

Además de estos seminarios los misioneros toman con mucho empeño fundar escuelas en todas las localidades en que hay regular grupo de cristianos.

Especialmente los orfanatos de la Santa Infancia son para ellos la gran esperanza del porvenir. Según los Anales de esta Obra admirable, unos cien mil huérfanos de ambos sexos reciben hoy día una educación cristiana por los cuidados de los misioneros, y los vicariatos de la Mongolia tienen ya por su parte un millar. He ahí igual número de cristianos que formarán anualmente gran número de nuevas familias católicas. No es extraño, pues, que Su Santidad Leon XIII, que tan bien comprende las necesidades de la Iglesia, haya manifestado deseos de ver « todos los niños del mundo católico ser miembros de la preciosa Obra de la Santa Infancia. »

Al terminar esa breve noticia acerca los trabajos de los misioneros de la Mongolia no puede menos de alabarse á la pequeña Bélgica, tan profundamente religiosa, viéndola representada en el Extremo Oriente por más de cincuenta de sus sacerdotes que trabajan en la conversión de las tribus mongolas esparcidas por un inmenso territorio (1). En veinte años han fundado cuatro vicariatos apostólicos que están en plena prosperidad. En el vasto imperio anglo-indio cerca de cien belgas, pertenecientes á la Compañía de Jesús y dirigidos por el Ilmo. Goethals, evangelizan las poblaciones del Bengala occidental. En el Africa austral religiosos belgas acaban de llevar la fe y de crear Misiones en el valle del alto Zambese. En América, en los Estados Unidos y en el Canadá, innumerables misioneros belgas han contribuido mucho en los últimos sesenta años al maravilloso desarrollo que ha adquirido la Iglesia en aquellas vastísimas comarcas. Puede evaluarse en más de mil el número de obreros apostólicos belgas que al presente residen en las Misiones extranjeras. En ninguna parte están tan prósperas como en las provincias de Bélgica las hermosas Obras de la *Propagación de la fe* y de la Santa Infancia. Tantas familias que dan generosamente sus hijos al apostolado católico ó los sostiene en él con sus abundantes limosnas, son una prueba evidente de que el Cristianismo alienta aún en el corazón de aquel pueblo.

(1) La Mongolia se extiende aproximadamente desde el 78° al 125° (longitud Este de París), y desde el 40° al 50° de latitud, ó sea poco más ó menos 50 grados de longitud por 10 de latitud.

CHINA.

MATANZAS EN EL YUN-NAN.

Grandes son las pruebas por que pasa el vicariato apostólico del Yun-nan. A última hora nos llegan detalles de hechos heroicos que tienen su lugar en el libro de oro de la Iglesia católica. Transcribimos las siguientes líneas de una carta del Ilmo. Fenouil, que hablarán al corazón y excitarán la generosidad de nuestros lectores.

DURANTE el mes de noviembre las cristiandades del bajo Yun-nan han sido el blanco de una persecución abierta que ha causado numerosas víctimas. Hasta el presente sólo conocemos veinte y nueve. Su muerte ha sido heroica; son veinte y nueve mártires. En efecto, con una sola palabra podían evadir la muerte, procurar la seguridad de sus familias y proteger su fortuna; y esa palabra no la pronunciaron. Todos, hasta el último momento, han mantenido alto y firme el estandarte de la fe.

Esos héroes de la cruz derramaron su sangre con un santo gozo y un valor tan fuerte como apacible. Uno de ellos, viendo algunos instantes el arma suspendida sobre su cabeza (esperábase sin duda alguna cobardía de su parte), exclamó:

—Despachadnos, ó bien dadnos tiempo para rezar nuestras oraciones, pues hoy es domingo.

La matrona de la casa, digna compañera de este cristiano, dijo al ver que los asesinos entraban en su casa:

—¡Ah, buenas gentes, no sabeis qué servicio vais á prestarnos!

En medio de los piadosos fieles de quienes acabo de hablar se encontraban cuatro bandidos bautizados en su infancia: tenían casi todos los vicios, y tan pocas virtudes que de ellas se veía raramente algún vestigio. Estos desdichados eran la vergüenza de la cristiandad y la desesperación del misionero. A pesar de tan malas disposiciones, cuando se les propuso la apostasía despertóse con tanta fuerza en su corazón la fe de sus padres, que todos cuatro victoriosamente combatieron por la causa de Dios y derramaron su sangre hasta la última gota. Uno de ellos dijo á aquellos que le prestaban las tablitas paganas:

—Amigos, todos nos conocemos; vosotros sabeis que no soy de conciencia delicada. Por mi desgracia he sido siempre de los vuestros; pero renegar de Dios y adorar á los ídolos, eso nunca. Tened por cierto que romperé la cabeza á quien quiera introducir esas brujerías en mi casa.

Al día siguiente de esta vigorosa profesión de fe, él y sus tres compañeros morían por la causa de Dios, que tan mal sirvieron al principio.

Me consideraría feliz si pudiese añadir que en toda la provincia nuestros neófitos han mostrado por do quiera el mismo valor; pero ¡ay! temo mucho que, cuando se haya restablecido la tranquilidad y podamos contarnos, tendremos que deplorar quizá muchas defecciones!



KIANG-NAN.

UN MUCHACHO CHINO PROTEGIDO POR SAN JOSÉ.

De una carta del P. Royer, jesuita, misionero en la China, distrito de Kiang-nan, el *Propagador de la devoción á san José* copia la siguiente interesante relación:

UNA pobre mujer de Iant-cheu, reducida á una extrema miseria, no pudiendo mantener á su hijo de ocho años, lo entregó á nuestro orfanato de allí. Estando yo encargado de aquel distrito, le hice trasladar al de Then-kiang, ordinaria residencia del misionero, donde con mucha facilidad aprendió lo necesario para el bautismo que se le administró, poniéndole por nombre Petulo (Pedro), y lo envié al P. Ravary en Vusi, para hacerlo adoptar por una familia cristiana de King-in. Mas como en Vusi teníamos una catecúmena de Lian (que fué la primera cristiana de dicha población), que se preparaba para recibir el bautismo y legitimar su matrimonio, esta buena mujer tomó tanto afecto al pequeño Pedro, que suplicó al P. Ravary se lo entregase, prometiéndole que lo cuidaría como si fuese hijo suyo.

En esta casa lo encontré cuando volví á mi antiguo distrito de Vusi-I-chin. Algunos meses después, su padre adoptivo tuvo la malhadada idea de venderlo á los bonzos (sacerdotes de los ídolos) para salir de un apuro en que se encontraba. Al saberlo yo, quedé muy disgustado. Hé aquí el alma de este pobre muchacho en manos del demonio. Entonces tenía nueve años y medio. Empecé á hacer diligencias para ver si podría saber su paradero, y hasta obligué á su padre adoptivo á que lo buscara y lo rescatara del poder de los bonzos. Éstos, para que no se pudiese dar con él, lo trasladaban de una pagoda á otra; y tan pronto se nos decía que se hallaba en Lonchan, en las montañas, á diez leguas de distancia, como que estaba en Tchan-su, diez leguas más lejos, etc. Pasaron así tres años sin poder dar con mi querido Petulo.

Hallándome cierto día celebrando misa en nuestra iglesia de San José de Chelipa, me vino al pensamiento cuando el santo Patriarca estaba buscando á su querido Jesús en Jerusalem, y me acordé de mi buen Petulo. Me dirigí, pues, á san José, suplicándole que por el gran dolor que le causó esta pérdida, se compadeciese de mí, haciéndome encontrar á mi niño. Y me pareció que el corazón me decía que bien pronto lo tendría en mi poder.

Embarcados de nuevo, comuniqué mi pensamiento al catequista.

—Conviene ir á la pagoda de Ughiao, le dije: se me ha asegurado que Petulo se halla en ella; pero hemos de usar de mucha prudencia y cautela. La barca se detendrá á medio kilómetro antes de llegar á la pagoda; yo me quedaré en ella; tú y el barquero iréis á la pagoda.

Se hizo así: encontraron dos bonzos, uno anciano y otro de diez años, y preguntándoles si había allí otros bonzos, les contestó este último, que en la escuela del pueblo había tres que se instruían, de los cuales el más joven tenía catorce años. El catequista felicitó al anciano por sus cuidados en hacerlos instruir, y después vino á darme la noticia.

—«Seguramente, le contesté, éste será Petulo, porque es la edad que ahora debe tener: lo que conviene

es ir á la escuela, y preguntar al bonzo de catorce años, de qué país es. Si os dice que es de Kiang-pe, Iant-cheu ó de Fueing-han, venid á participármelo.

Así que el jóven bonzo vió al catequista, empezó á mirarlo atentamente como que lo conociese. Despues de los saludos de costumbre, el catequista preguntó al maestro si le permitiría ver y hablar con los bonzos que educaba. Mas Petulo, sin aguardar la contestacion del maestro, dijo:

—Yo soy de Iant-cheu; y V. ¿no es de Tien-tchudan?

—Sí, soy de allí, contestó el catequista.

—¡Ah! exclamó vivamente el muchacho; entonces conocerá V. á Ssesiesen.

—¡Oh! mucho le conozco; pues soy el mismo.

Y le explicó que había venido con el Padre para buscarlo.

—Pues entonces, quiero ver al Padre, quiero ver al Padre: vamos en seguida á la barca para verlo.

—No hemos de ir, porque el Padre vendrá.

El jóven bonzo no cabía en sí de gozo.

El barquero vino á avisarme. Á tal noticia mi corazón saltó de alegría: no sabía lo que me pasaba; dí afectuosas gracias á san José, porque se había compadecido de mi afliccion, y salté en tierra, dirigiéndome á la escuela. Luego que el muchacho me vió, su cara demostró la alegría de que estaba lleno su corazón; se echó á mis brazos, exclamando:

Es el Padre que yo conozco, es el Padre que yo conozco... ¿Teneis algun Catecismo ó algun devocionario? Pues casi no me acuerdo de las oraciones que me enseñásteis...

Y se santiguó. Os aseguro que todo esto me conmovió en gran manera. Los dos bonzos, condiscípulos de Petulo, tenían miedo de mi larga barba; pero Petulo, burlándose de su temor, les decía:

No temáis acercaros á este Padre que ama á los niños, y les da varios juguetes.

Conociendo yo lo que queria decir, saqué de mi faltriquera el prisma, y les hice contemplar los magníficos colores del arco iris... ¡Oh! aquello movió un alboroto; todos los de la casa y los vecinos querian mirar con el prisma.

Contéles la historia de Petulo, mis diligencias para hallarlo y las astucias de los bonzos para ocultarlo; y les añadí que aquel día era el mejor de mi vida, por haber hallado á mi querido Petulo, y que queria llevármelo conmigo. Mientras tanto llegó el anciano bonzo, quedando admirado de lo que pasaba; y viendo que el muchacho me trataba tan afectuosamente, que hacia la señal de la cruz y rezaba algunas oraciones, conoció que era cristiano y me dijo:

—Yo no sabía nada de esto; pues lo compré á otro bonzo.

—En esto nada tengo que hacer yo, le contesté; tú te arreglarás. En cuanto al muchacho, yo me lo llevo; es mi querido Petulo. ¿Cuánto pagaste por él?

—Diez pesos.

—Ahora no tengo tanto dinero: por Pentecostes volveré á I-chin, y entonces te lo traeré: cuenta con mi palabra.

Pero el anciano bonzo no quiso adherirse á estos tratos.

—Pues entonces, dije al viejo servidor de Satanás, ven conmigo á la casa del mandarin de Ughiao, á quien confiaré este muchacho.

Metidos con nosotros en nuestra barca el anciano

bonzo y Petulo, nos dirigimos á I-chin. Durante la travesía Petulo nos contó como su padre adoptivo lo había engañado; pues diciéndole que iban á tomar un baño, lo llevó á la pagoda, y que de aquella lo habían hecho pasar á otras.

—El bonzo de la primera pagoda, oyéndome rezar el *Ave Maria*, *Salve* y otras oraciones, me dijo:

«Tú cantas muy bien: te quiero, pues, hacer cantar las relaciones de los antiguos y las comedias, etc.» Y al mismo tiempo me enseñaron el manejo del triángulo para acompañar las preces en las pagodas. En la que yo me hallaba había seis bonzos. Me destinaron para encender fuego en la cocina y limpiar la casa. Yo estaba contento con estos encargos, porque no debía ir á adorar al ídolo ni quemarle incienso, y tenía tiempo para rezar *Padre nuestros* y *Ave Marias*, y repasar el Catecismo. Cuando se hablaba de adorar los ídolos, y yo mostraba repugnancia, mi amo me amenazaba, me maldecía, y me acortaba el alimento.

De este modo Dios, por intercesion de san José, lo preservó de caer en la idolatría. Su docilidad y su inteligencia hicieron que su amo lo mandase á la escuela, para que se instruyese en los libros chinos.

Llegados delante la casa del mandarin, el anciano bonzo no quiso subir á ella, diciéndome:

Es inútil; pues vuestra respetable barba me es una garantía de que cumpliréis vuestra palabra: así, pues, os entrego el muchacho, y por Pentecostes vendré á Chelipa para recoger los diez pesos.

Dí gracias á san José por tan grande beneficio, y dejando allí al bonzo nos volvimos á la Mision.

AFRICA ECUATORIAL.

El P. J. Moinet, sacerdote misionero de Africa, escribe desde Kibanga (Tanganika y Alto-Congo) la siguiente carta:



ARGUMENTE OS hablé en mis anteriores correspondencias de las felices disposiciones de nuestros pequeñuelos rescatados y de las grandes esperanzas que da la miés evangélica en torno nuestro. Considérome dichoso al poder confirmar esas disposiciones y esperanzas. Los indígenas acuden con frecuencia á oír nuestras instrucciones, y trabajan gustosos con nuestros catecúmenos, mediante un módico salario, en los cultivos que hemos emprendido para la subsistencia de nuestro orfanato y de nuestro pueblo cristiano.

Aspecto del país.

Los habitantes de la comarca son los naguas, hermanos de los de la península Ubuari. Está situada próximamente en el 5° latitud Sur y al Sur del istmo que une la península Ubuari al Ubembé en el centro, al Masancé el Norte y al Ugua en el Sur. Este terreno es el más hermoso, fértil y propicio á nuestro objeto que podíamos encontrar en los alrededores; algo ondulado y cruzado por arroyuelos que antes de echarse en el lago vienen á unirse con rios como el Mangolo, el cual no recibe menos de tres. Este magnífico país, que pudiera tener tan buenos cultivos, está completamente cubierto de altas hierbas y cañaverales. En otro tiempo estuvo muy habitado, y débese su despoblacion á la visita de los uasooros, habitantes del Urua, quienes unidos con los uaguas acuden regularmente cada año á

hacer aquí sus provisiones de cereales, de rebaños y de esclavos.

Idioma de que se sirven los naturales.

La lengua de esta comarca es la misma que la del Masancé y en toda la península Ubuari, con algunas variantes. Es el kibuari, pues los naguas han salido todos de la península, para venir á establecer en las costas del Masancé á consecuencia de las guerras que han tenido, ó bien porque no tenían suficiente terreno para sus numerosas familias: no es raro, en efecto, que una madre tenga diez ó doce hijos.

Los uaguas tienen en su lenguaje mucha relacion con los uajijis, los uasandis, los uaviras, y generalmen-

te todos los pueblos que habitan el Norte del lago; más apenas uno se aleja algunas al Oeste, entre los uabembés por ejemplo, la lengua es completamente distinta, lo mismo que los usos y costumbres. Segun lo que hemos experimentado, los pueblos de orillas del lago al Norte tienen una propension natural á la civilizacion: no se asustan gran cosa por cosas extraordinarias, mientras que los del interior son mucho más salvajes y de un acceso más difícil. Los uabembés, por lo menos los que están más distantes, no verian con buenos ojos que los extranjeros se estableciesen entre ellos.

El rio y los cocodrilos.

El Mangolo, rio que corre al pié de nuestro estable-



SIRIA.—Soldados turcos de Ghazir. (Pág. 169).

cimiento, es un verdadero nido de cocodrilos: todos los días vemos ocho ó diez de ellos pasearse lentamente por el agua ó secarse al sol en la arena. Como son muy malos vecinos, el capitan Joubert les dió caza, y en breve no han vuelto más con entera voluntad á instalarse al sol en la orilla; sólo vienen á pesar suyo, arrojados por el agua, con su piel agujereada por las balas. Uno de los primeros á quienes mató media 3 metros 20 centímetros de longitud por 1 metro 30 centímetros de circunferencia. Aun no había llegado á su crecimiento: los uabembés se regalaron con su carne, y nosotros conservamos su esqueleto, pues queríamos tener una muestra de esos anfibios.

Nuestros uaguas no quieren comer cocodrilo.

—¿Por qué? les preguntamos.

—Porque el cocodrilo come el hombre.

—Pero los uabembés lo comen muy bien.

—¡Ah! á los uabembés no les repugna, porque también comen carne humana.

Los cocodrilos que hemos muerto no tienen todos la cabeza igual; en algunos es ancha, ligeramente achata-da; otros tienen como un hocico en extremo afilado; pero las cabezas son muy semejantes por la buena armadura de sus dientes.

La túnica escamosa de esos anfibios tan temidos dista mucho de resistir á las balas: esas masas, tan duras en apariencia, no cuestan tanto de matar como pudiera creerse: su vecindad es peligrosa para el que no está alerta; pero si no se hace imprudencia, nada hay que temer de tales bestias cuando están en tierra, pues hu-

yen del hombre. No sucede lo mismo en el agua: allí son muy temibles, y nos extraña mucho que los naturales, que día y noche están en el agua para la pesca, no sean presa más á menudo de esos otros pescadores que les acechan.

La capilla.

Como teníamos ya una cristiandad aunque pequeña, y cierto número de catecúmenos, hemos querido construir aquí una capilla decorosa para el divino Huésped, y de dimension bastante para contener á lo menos doscientas personas. Escogimos una ala de la casa para nuestra capilla, la más vasta sin duda del Africa ecuatorial. Es nuestra catedral del Alto-Congo. Ha sido testigo ya del bautismo solemne de muchos de nuestros niños, y puedo afirmar que se ruega en ella con no menos devoción y fervor que en no pocas basílicas más monumentales y mejor adornadas.

El cambio de la sangre.

Juzgando Poré, nuestro viejo jefe, que el sello de la fraternidad de sangre le tranquilizaría más y más respecto de nosotros y aumentaría su prestigio para con sus enemigos de fuera, ha vuelto uno de estos días á pedirnos hacer con nosotros la ceremonia solemne. Fijóse de antemano la fecha, y llegada el día, todos los salvajes, súbditos de Poré, acuden á los senderos que conducen á Kibanga, y á cosa de las diez de la mañana 500 negros por lo menos están reunidos en la Mision. Acércome á ellos y les pregunto si la operacion debe comenzar en breve. No se lleva prisa entre los negros, y me contestan:

—Aguarda que te miremos un poco.

Todo el mundo habla, rie y fuma. Es un día de fiesta, y hay que desterrar la tristeza.

La ceremonia no empieza hasta la una de la tarde. Poré tiene cerca de sí al sustituto de Munyé Taré, que está enfermo: otros jefes menores de pueblos le rodean, y á cierta distancia, oculta por una cortina, se encuentra la familia de los Kambas, cuyos jefes no pueden comparecer ante Mohami. Las causas de este alejamiento son muy curiosas. Poré no puede comer cosa alguna de su país, ni visitar sus pueblos, so pena de ser hechizado. Los Kambas son los que tienen que acabar con el Mohami cuando esté á punto de morir, comer ciertas partes de su cuerpo y nombrar un jefe en su lugar. Asimismo en esta familia habrá que buscar el autor de la muerte de Poré, pues este príncipe, menos aun que tantos otros, no puede morir naturalmente.

He tomado asiento, pues, en medio de la multitud, rodeado del P. Dromeaux, de los Sres. Joubert y Visser, nuestros zuavos auxiliares, y de todos los niños de la Mision. Despues de una postrera consulta de sus uatemis, consulta que fué favorable á sus deseos, Poré invita al sustituto de Munyé Taré á tomar la palabra. Presenta dos esclavitos que nos están destinados, y dice:

—Hoy es el día que Poré hace amistad de sangre con los blancos: su objeto es sobre todo pedirles apoyo contra Varooso: por la firmeza que pondrán en defenderle, sabrá éste que son hombres de corazón. Poré les da, pues, estos dos niños, que serán en adelante de los blancos. ¿Admitís el cambio de sangre?

—¡Sí, sí, que cambien!

Antes de contestar por mí mismo, veo que el Mohami no va en realidad decentemente vestido, y le doy una camisa nueva, un manto rojo cubierto de perlas y abalorios, un viejo manto de teatro y un gorro rojo. Á medida que visten á mi nuevo hermano y que toma el aspecto algo regio, murmullos de satisfaccion, leves al principio, y más acentuados despues, se levantan entre la multitud, y acaban en un rumor ensordecedor cuando se pone el espléndido gorro. Poré empieza á mirarse y á mirar á su gente, y da vueltas para que le vean mejor. Quiere darnos gracias, y la emocion se lo impide: toma asiento y dirige una mirada á algunas otras prendas depositadas á sus piés.

Kalonda, uno de nuestros niños, toma entonces la palabra, y en el lenguaje lleno de imágenes de los negros, que Kiluba, un salvaje de Poré, repite, golpeando con una varita sobre un cuerno de búfalo, con tanta fidelidad que no dejara escapar siquiera un estornudo del orador sin repetirlo tambien, dice que los blancos son amigos y defensores de Poré.

Para el cambio de la sangre, ceremonia tantas veces descrita, ha de haber necesariamente los dos hermanos, y á más dos operadores que tienen la mision de hacer una cortadura en el pecho, á la altura del corazón, y de recoger la sangre.

Poré y yo estamos sentados uno frente del otro, las piernas cruzadas y puestos los piés sobre un arco colocado en el suelo: flechas y lanzas están plantadas en tierra entre la cuerda y el arco en un lado, y en el otro se pone un fusil, cañon abajo y culata al aire. En esta posicion Kalonda hace una incision al Mohami con tres golpes de cuchillo sin obtener una gota de sangre. Aliento al viejo Mohami que empieza á temblar.

Recógense al fin algunas gotas de sangre de los dos hermanos y pónenlas juntas en un vaso; las mezclan con dos cucharadas de miel, y despues de un discurso en el cual los nuevos hermanos se comprometen, bajo pena de muerte, á nunca servirse una contra otro del arco ni de las flechas, ni de la lanza, ni del fusil, dando como prueba de su palabra las armas que huellan con los piés, bebe cada uno la mitad de su sangre mezclada.

Una salva de aplausos saluda á los dos nuevos hermanos: diez de nuestros niños llegan corriendo y descargan sus fusiles delante de la asamblea. Más de quinientos salvajes les siguen con sus lanzas y simulan un combate de los más interesantes. Pasada la tempestad, las danzas en las cuales el Mohami á nadie cede, empiezan al son de los tambores con acompañamiento de los cantos de la multitud y los *yu-yu* de las mujeres, que, algo curiosas como en todas partes, quieren asistir á todo y verlo todo.

Termina el día con cuatro horas de *maneno* (discursos). Teniendo los salvajes la manía de hablar mucho para no decir nada, las palabras nada les cuestan, y así es que las prodigan con profusion: el Mohami no es el menos locuaz, aunque aparece conmovido: tose, balbucea y aún hace gestos sin decir cosa alguna; todo lo cual es fielmente reproducido por Kiluba, que golpea sin cesar en su cuerno de búfalo.

Por fin despues de haber recibido un poco de sal, presente muy apreciado en estas comarcas que carecen de ella, cada cual toma el camino de su pueblo.

Rogamos fervorosamente al Señor que se digne convertir los corazones que acaban de entregarse en nuestras manos. Suplicámosle les dé en nuestras instruccio-

nes del catecismo la misma confianza que nos conceden á nosotros mismos, pues únicamente para hacerles conocer la Religión nos encontramos entre ellos. Sólo con este intento hemos accedido á esa ceremonia, algo bárbara en sí misma, pero que sabemos es la mayor señal de amistad que puede darse entre los negros.

PROGRESOS DE LA MISIÓN EN EL NYANZA.

El P. L. Blanc, sacerdote misionero de Nuestra Señora de África, escribe desde Bukumbi (Nuestra Señora de Kamoga) á su reverendísimo Padre superior:

DE un año á esta parte han sucedido aquí muchas cosas que ora nos han regocijado, ora entristecido; si bien debo decir que el gozo y la dicha han sido mayores, y que aún las pruebas mismas han sido para nosotros manantial de bienes. La paciencia y la privación han sido el fundamento de nuestra querida Misión, y la bendición de Dios es hoy su recompensa.

Nuestra instalación está poco menos que terminada: la Misión propiamente dicha empieza, la gente se nos acerca sin temor, y los mismos que al principio se opusieron á nuestro establecimiento están hoy contentísimos de vernos. El jefe ha sido y continúa siempre bien dispuesto para con nosotros. En la actualidad nos deja no sólo libres para construir, sino también para instruir y enseñar á su pueblo. El mismo nos escucha como amigos. Ciertamente que las verdades de nuestra santa religión entran lentamente en el corazón de esos infelices, pero la gracia de Dios vendrá en nuestra ayuda.

Las gentes son muy supersticiosas, y es difícilísimo hacerles comprender la vanidad é inutilidad de sus supersticiones. El P. Giraud enseña el catecismo á los que vienen á la casa, y así bajo forma de conversación esos pobres negros aprenden poco á poco las grandes verdades de la fe. Cierta vez ví que entraba un jefe subalterno del país: venía simplemente para hablar con nosotros: á los dos días volvió con otros muchos hombres de su pueblo con objeto de que el Padre repitiese lo que había dicho y su gente lo oyese á su vez.

Este modo de Misión es lento, y para hacerlo bien deberíamos estar en disposición de recorrer los pueblos. La partida del P. Girault para el Bukuné nos pone al presente en la imposibilidad de hacerlo.

Por el pronto, yo mismo estoy encargado de dirigir el fin de nuestras construcciones, que se han juzgado necesarias después de los últimos sucesos. No pudiendo, á causa de nuestros módicos recursos, procurarnos operarios, vémonos obligados á hacernos nosotros mismos las obras de albañilería y carpintería. Hemos tenido que ir á buscar la madera á cinco leguas de la casa: el trabajo ha sido rudo, mas Dios lo ha bendecido.

El puesto me parece bien situado; el país es sano. Por lo menos no hemos padecido graves accesos de fiebre ni otras enfermedades; los habitantes son laboriosos y pacíficos, miran con simpatía á nuestros huérfanos y se nos acercan sin temor, viendo que nos encontramos solos entre ellos y que les tratamos con la mayor bondad posible.

Este año nuestros huérfanos han cultivado unas dos hectáreas de *busiga* (grano del país) y plantado mil doscientos bananos: se ocupan en todas las faenas con un entusiasmo maravilloso.

Á la vez que les acostumbramos al trabajo, nada omi-

tamos para perfeccionar su alma: dos de ellos han hecho ya su primera comunión.

Si tuviésemos tanta influencia sobre los indígenas como sobre nuestros huérfanos, la Misión progresaría maravillosamente. Por desdicha aquí los hombres no son tan ávidos de instrucción como ciertas poblaciones de negros: no son todos civilizados, pero parecen muy susceptibles de serlo: la familia es muy respetada, la esclavitud casi no existe y aún es detestada.

Nuestra casa está construida sobre una colina bastante alta no lejos del Nyanza, lo que nos permitirá tener por el lago comunicaciones con los puestos que puedan fundarse, sea el Uganda, sea en la costa del Este.

En su última visita el jefe nos manifestó cuánto desearía retenernos en su pueblo: le hemos contestado que de ningún modo pensábamos en partir, y al mismo tiempo le hemos preguntado por qué el año último su gente no quería que nosotros construyésemos.

—Es porque no os conocían, ha contestado; pero yo ya os amaba. Edificad vuestra casa y construid una barca; por mi parte os haré acompañar en la visita de mis amigos de la costa del Este, y veréis cuánto marfil tienen y que son notables hechiceros.

—Agradecemos tu buena voluntad, le decimos, pero tú ya sabes que no hemos venido aquí para pasear ni para negocios, sino solamente para instruirlos.

—Sí, ya lo sé, ha contestado; vosotros sois hombres de Dios, hombres de paz.

Los que nos conocen tienen confianza en nosotros; aceptan lo que les decimos, á excepción de lo que se refiere á sus supersticiones.

Á propósito de esto me permitiréis que refiera un caso que sucedió aquí recientemente. Habiendo un jefe perdido á una de sus mujeres á consecuencia de una enfermedad, la noche misma de su muerte envió á pedirnos los medios para apoderarse sin peligro de la hechicera que había hecho morir á su esposa. Este jefe era uno de nuestros mejores amigos, asiduo al catecismo. Despedimos á sus hombres diciéndoles que nada podíamos dar para cumplir un acto malo.

El día siguiente el P. Giraud fué á ver al jefe y le dió nuevas explicaciones acompañadas de algunas palabras de resignación y de una lección de moral práctica. Práctica, en efecto, pues logró conmover el corazón del infeliz viudo y hacerle prometer que perdonaría á la pretendida hechicera. De este modo la pobre mujer ha salido del lance con sólo el susto. Muchos hechos de este género pudieran referiros, pero hoy me falta tiempo.

UNA EXCURSION A GHAZIR,

POR EL P. DUCAT, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

El P. Ducat, que durante muchos años ha publicado eruditos artículos acerca las antigüedades de la provincia de Constantina, nos envía la relación de un viaje en Siria. Este país, testigo de un pasado imponente, atrae hoy las miradas de Europa al mismo tiempo que la solicitud del apostolado. Así nos consideramos dichosos reproduciendo, con el relato del misionero, algunos de los dibujos que acompañan su diario de viaje: éstos le darán más vida é interés, y llamarán ciertamente la atención de los arqueólogos.



LA una montamos á caballo...

Pasamos, sin detenernos, por entre gruesas columnas romanas, derribadas, y más ó menos rotas, en medio de otras ruinas.

Nadie parece da importancia á la conservación de estos restos de un antiguo esplendor.

En breve hemos atravesado el Mark-Berito por un viejo puente romano, restaurado, y echando desde lejos una mirada á la capilla de San Jorge, rodeada de verdor, abandonamos los huertos para internarnos en los arenales, más allá de la bahía conocida con el nombre de la Cuarentena. Esta es la costumbre.

Los caballos se dirigen como por instinto á orillas del mar, donde la arena húmeda ofrece mayor resistencia, y con frecuencia las olas llegan á mojar sus piés. Todos los viajeros que encontramos nos imitan. Algunos monjes y sacerdotes maronitas andan descalzos; los muchachos corren delante de sus madres, mientras que los carboneros, encorvados bajo el peso de haces de menudas ramas, dejan que la huella de sus botas forme en la arena hoyos capaces de hacer resbalar un camello.

Aunque el mar estuviese en calma, su vecindad no me dejaba completamente tranquilo. Recordaba ciertos hundimientos de arena en las playas de Argel... y algunas olas que, después de habernos acariciado ligeramente los piés, habían traidoramente pasado tres ó cuatro metros detrás de nosotros, produciendo anchas grietas en la arena que desaparecían, por así decirlo, como la sal en el agua.

Así es que procuraba yo alejarme: pero era inútil, pues el caballo se hundía entonces en la espesa capa de grava.

Lo mejor, pues, fué hacer como todo el mundo y áun apresurar el paso.

A las tres alcanzamos el pequeño cabo que precede la embocadura del río del Perro (*nark el Kilb*). Una Compañía inglesa hace allí grandes trabajos para conducir á Berito el agua de este río, verdaderamente considerable para el país.

Apenas hemos franqueado la estrecha cortadura abierta en medio de enormes peñascos, cuando vemos la entrada, ó mejor la salida, de este valle célebre del Lycus, por el cual han llegado las grandes invasiones asirias. En estos parajes es el único sitio que ha podido dar paso á un ejército, y no ciertamente sin peligros y dificultades.

Mi croquis deja ver al mismo tiempo la entrada de la garganta y la parte de la montaña donde los asirios grabaron el recuerdo de sus atrevidos pasos. (V. el grabado de la pág 161).

Hay lápidas cortadas en la peña que forma promontorio encima de la embocadura del río del Perro. Cuéntanse nueve ó diez, de las que sólo tres ó cuatro están más ó menos bien conservadas, á pesar de irse deteriorando de año en año.

El camino asirio, practicado también en la peña, pasaba por abajo; apenas era más que un sendero, que los romanos ensancharon bajo los Antoninos, como lo atestigua una inscripción grabada cerca del puente que une los dos lados del valle. El camino actual ha sido abierto más abajo: vese á la entrada, por la parte de Berito, una cantera que conserva los vestigios del trabajo de la época en que la vía se continuaba adoquinada con piedras anchas y espesas: desarregladas hoy día, son la desesperación de los jinetes.

Los soldados franceses dejaron un recuerdo de su paso en 1861. Es una inscripción grabada en el cuadro de una lápida asiria, cerca de un café árabe, á orillas del río.

El croquis que hice me ocupó algunos momentos.

Mi caballo se impacientaba, sujeto á un débil tronco que pude afirmar entre dos peñas. Aseguráme de que la brida estaba reforzada con un pedazo de cuerda, y escalé los dos ó tres pisos de rocas y piedras revueltas, á fin de ver más de cerca las lápidas asirias.

Por desdicha son cada vez más ininteligibles, pues las roe el vapor salino del mar. Ensayé, sin embargo, tomar un dibujo de la más hermosa, que se cree representa á Senaquerib.

Supónese que tiene en la mano izquierda una maza de armas; la derecha indica el mando: diversos símbolos coronan la cabeza: una estrella, un disco redondo, otro alado, un cetro, dos varillas paralelas y un globo con tres radios divergentes.

Los símbolos eran apenas visibles cuando procuré tomar dibujo de la lápida. La peña parecía haber sufrido una especie de lavado después de haber sido cubierta en parte con tierra roja. El fondo del cuadro y el personaje mismo están cargados de caracteres alineados; parte de ellos pudieran descifrarse.

Respecto á la otra lápida próxima á la de Senaquerib, su superficie está de tal suerte roída por el vapor salino del mar, que nada preciso puede distinguirse. Obsérvase, sin embargo, que está cubierta de caracteres grabados en hueco con gran finura de ejecución, y su forma, á menudo elegante, recuerda lo que dice san Agustín de una escritura de la que no se puede menos de admirar la majestad ó la delicadeza, al mismo tiempo que no se alcanza el sentido de las palabras representadas (1).

No sé en qué época y por quién fueron descubiertas estas lápidas; pero el P. Bresson, misionero del siglo XVII, en su obra: *La Siria y la Tierra Santa*, ninguna mención hace de ella, á pesar de que da de la garganta del Lyco una descripción bastante detallada.

Después de habernos detenido breves momentos delante de un pobre café situado en una fragosidad de la peña, minada por el río, atravesamos sin remontar hasta el Puente Romano, el famoso Lyco, en su misma embocadura, frente de un buen molino, y seguimos de nuevo los arenales.

Los caballos parten al galope, y me es preciso contener el mío, en el que hago montar á la grupa nuestro *mucre* (doméstico).

Apenas puedo admirar de paso las aldeas de casas aisladas y rodeadas de jardines, las montañas formando grupos paralelos, las rocas de capas verticales, los conventos, los castillos del emir y del patriarca, situados en cumbres escarpadas, y á lo lejos, al remontar el río hacia el Norte, el emplazamiento de la célebre Byblos (hoy Djebail).

Son las cinco cuando abandonamos el río para empezar la ascension de la montaña de Ghazir (450 metros), á la que se llega hoy día por una carretera que pasa por entre tierras cultivadas.

Creo reconocer desde luego sepulcros análogos á muchos de los que he visto en los alrededores de Constantina (en Mansurah y en Sidi Mecid). Están ora aislados, ora en grupos, cavado horizontalmente en la peña, casi en la superficie y á cosa de sesenta centímetros de

(1) *Qui videat litteras in codice optime scripto, et non novit legere, laudat quidem antiquarii manum, admirans apicum pulchritudinem; sed quid sibi velint, quid indicent illi apices nescit; at est oculis laudator, mente non cognitor.* (Homil. S. August. serm. 44 de Verbis Domini. Hom. 15 dom. desp. de Pentec.).

profundidad. Debían estar cubiertos de losas ó ladrillos mezclados con tierra. Algunas ruinas y una gruesa torre, y más arriba los restos de un puente, indican que había una población á la entrada de ese camino que conduce á la montaña.

El sol se ponía entonces en el mar; esta es aquí la hora del *Angelus*: el son argentino de las campanas nos llegaba de arriba, en medio del silencio.

Admiré la destreza y seguridad con que nuestros caballos subían esas escaleras irregulares y en zig-zag, abiertas ó arregladas en todos los sitios donde la peña no está absolutamente á pico. No hay vegetación alguna, y apenas si se ven algunos filones de tierra ferruginosa. En todas partes hay rocas que se deslizan y piedras que ruedan. La pendiente de la montaña es tan rápida que la silla de los caballos desciende hasta la grupa. Las pobres bestias sólo adelantan á saltos y en zig-zag. Es preciso sostenerse como acurrucado, y tomar las crines en vez de la brida.

Es ya de noche, y bajo un momento prefiriendo ir á pié; mas en breve renuncio á andar, tanto me quebranta y sofoca esa fatigosa montaña.

Para alentarme, dícenme que ese camino de Ghazir es uno de los mejores, que nuestros alumnos y sus padres, y hasta sus madres, lo recorren con frecuencia; que los camellos lo hacen actualmente, cargados con el mobiliario de Ghazir para Berito. ¡Verdaderamente, eso es peor que en Kabilia! Los caballos de dos Padres se acarician á coces; nuestros jinetes van á quedar desmontados, y como voy muy atrás oigo gritos como de una batalla. El *mucre* me ha dejado para tomar un atajo; me encuentro solo, y nada distingo á diez pasos. Lo llamo, y vuelve corriendo, diciendo que nada tema, que el caballo ya conoce el camino.

Por fin, á las diez y media entramos en el divan del colegio; *Deo gratias!* Esto es bastante por la primera vez, y me acuesto con el deseo de descansar á fin de prepararme para nuevas excursiones.

El día siguiente había de estar enteramente consagrado á la visita de Ghazir. Por la parte del Este se tiene al frente una torrentera con peñas escarpadas y un río profundamente encajonado que puede en su origen mover dos ó tres molinos.

La parte del Norte es más fértil: á fuerza de paciencia y de trabajo se ha logrado plantar moreras en estas montañas, pues la seda es una de las industrias de este país.

Sobre Ghazir, montañas de tintes vaporosos están coronadas de campanarios y conventos. Este conjunto me recuerda la Kabilia; sólo que aquí las montañas son más desnudas. En cambio las casas son más espaciales y mejor edificadas. Aquí, como en Kabilia, se reconoce una población laboriosa, pero la de los maronitas parece más inteligente en su trabajo, seguramente porque es cristiana.

En otro tiempo todas las montañas estaban cubiertas de bosques, de los que se ven todavía algunos restos. Entre las inscripciones romanas encontradas en el Líbano hay una que reserva, en el corte del bosque, cuatro esencias designadas, y especialmente la del oxia-canta, que alcanza aquí las proporciones de un árbol. En tiempo de las Cruzadas parece que aún acudían aquí las flotas para buscar maderas de construcción. Los ancianos aseguran que hace menos de un siglo el país estaba en gran parte cubierto de bosque, y que la

tala fué efecto sobre todo de la explotación de las minas de hierro y también algo á causa del comercio de carbones, que un bajá ordenó en desmedida escala...

Después de ese golpe de vista dado á los alrededores del seminario, celebré la misa de las siete en la capilla pública.

El uso aquí es que en la iglesia las mujeres estén detrás de los hombres, y separados por una reja, y aún tienen una puerta de entrada particular. Se les distribuye la sagrada Comunión en una reja. El monaguillo lleva una grande capa, que cada una recibe y pasa á su vecina. Entre los hombres, unos conservan bajo el tarbúcho un casquetito blanco (*araquia*), y otros llevan la cabeza enteramente desnuda. Los alumnos se descubren á la europea y están en una tribuna.

Después de la misa un Padre me muestra la casa, bien situada en una de las mesetas irregulares de la montaña. La vista es pintoresca por todas partes: el pueblo con sus terrados, su iglesia, sus capillas, su castillo, la quebrada, los montes, los conventos y el mar forma en conjunto un panorama magnífico.

Este es el día del Señor: óyense con placer las campanas de la parroquia, y otras cuyo sonido llega á través de valles y montañas. Todo el mundo parece contento: en las relaciones con el sacerdote adviértese algo de filial respeto, confianza y sencillez junto á las maneras orientales, siempre algo ceremoniosas. Las mujeres no llevan velado el rostro como las musulmanas y las drusas. Salen más fácilmente solas; pero por lo común en grupos y en familia. Estos habitantes de la montaña son aún tan sencillos como en la Edad media.

Por la tarde pasamos cerca del Mazzer, cuartel establecido en el castillo del emir ausente. Los soldados son unos cincuenta. Por su traje se les creería zuavos, y la mayor parte son drusos. Fueron enseñados por oficiales franceses, á quienes han reemplazado ahora los prusianos.

Al ponerse el sol una batería especial señala la retirada, mientras que todas las campanas tocan el *Angelus*. Ghazir da comúnmente la señal en el preciso momento en que el disco del sol desaparece en el mar.

En la tarde y al anochecer óyense mucho más que entre semana las conversaciones, las risas y los gritos que se responden y hacen eco en medio de los árboles de la torrentera. Al *Angelus* los ruidos cesan, y es costumbre retirarse á casa, y aún es preciso llevar mucha prisa para atreverse á pedir hospitalidad después de la puesta del sol.

En el huerto del colegio, junto al cementerio en medio de flores, vense algunas antigüedades y muchas muestras interesantes de petrificación. Señalaré desde luego una hermosa cabeza de león que parece guardar la entrada de una escalera rápida y angosta. Es de mármol, y ofrece la particularidad de estar adornada á derecha con un cuerno de carnero, y á izquierda con otro de toro, en gran parte roto. Dícenme que fué descubierta en Balbek por los PP. Bourquenoud y Dutau, y traído por sus cuidados, á pesar del mucho peso, hasta Ghazir á lomo de camello.

No sé que se haya explicado todavía de una manera satisfactoria el simbolismo de esa extraña reunión de león, carnero y toro. Se ha creído ver en ella ora las fuerzas de la naturaleza, ora la primavera y el estío.

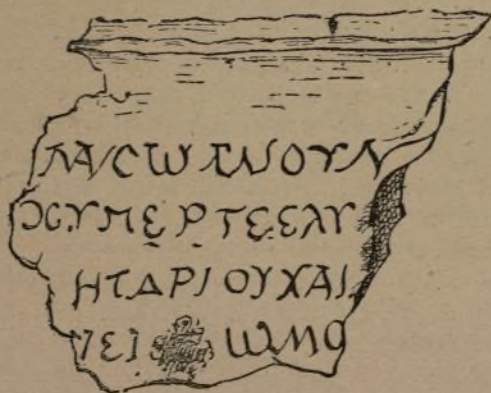
Me han designado esta cabeza con el nombre de Niha-Su. Aunque muy deteriorada, parece pertenece á la misma época que las magníficas esculturas de Balbek.



Hermosa cabeza de mujer, en mármol blanco, descubierta cerca de Djbail (Biblos). Aunque la parte inferior del rostro está deteriorada, lo que resta es de un tipo griego perfecto, y el trabajo de gran finura de ejecución.



Otra cabeza de mujer, que es como una máscara que debió ser aplicada contra una superficie unida. Los rasgos parecen reproducir un retrato más bien que un personaje ideal.



Fragmento de inscripción, en caracteres griegos. Muchas letras están ligadas unas á otras (polimatipia).



Un fragmento griego, grabado en la parte superior de una cornisa.



Otro fragmento. Aquí la inscripción está debajo de la última moldura.



Otro fragmento: en una placa de piedra se ven dos agujeros que han podido servir para fijarla.



Trozo de una columnita de mármol, con inscripcion en su neto. La inscripcion es interesante. Es en lengua latina con caracteres griegos, o por u, c por s. Lleva los nombres de *Titus Flaquios* por *Flacus*. ¿Quién es este personaje?... *Flaquios* será tal vez *Flabios*, *Flavius*?

Entre otros objetos de los que no doy aquí el dibujo, hay un pié delicadamente trabajado, de hermoso mármol blanco, que debió pertenecer á una estatua de mujer, de tamaño natural.

Creo que se ha tratado de trasladar estos restos de antigüedades al colegio de Berito, para el museo necesario á la Universidad.

Muchos Padres, finalmente, habian recogido por su parte medallas griegas, romanas y fenicias. El P. Renneville tenia piedras grabadas, algunas de ellas de valor.

Entre las petrificaciones adviértense muchos pedazos, bastante voluminosos, de tierra endurecida, conteniendo como una pasta de huesos de cuadrúpedos y aves, mezclados con huesos humanos...

El viernes partimos á las siete y media para volver á Berito, y cruzamos el pueblo de Djuni. Era día de mercado, y los vecinos nos saludaron respetuosamente. Nada diré de su traje, y me contentaré dándoo un simple croquis que representa los cristianos de Kesruan. (V. el grabado de la pág 177.) Pasamos sin detenernos, y al anochecer llegamos á Berito, en el momento en que el cañon anuncia las fiestas del Beiram.

Otro Padre jesuita, en una reseña sobre el Líbano, decia algunos años atrás refiriéndose á Ghazir:

Antes de manifestar cómo con la fundacion del seminario-colegio de Ghazir, la Compañía de Jesús, siempre fiel á sus antiguas simpatías por los maronitas, indemniza en lo posible á este pueblo eminentemente católico de la ruina de su seminario romano, permítaseme decir una palabra acerca un establecimiento de esta clase, fundado en 1728 en el mismo Monte-Líbano por el P. Mobarak (Benedetti), natural de Ghosta. Auxiliáronle en dicha fundacion muchos compatriotas suyos, y entre otros, Andrés Alejandro, maronita de Chipre, que habia sido educado, como el P. Benedetti, en el seminario maronita de Roma, y más tarde fué profesor de árabe en la *Sapienza*, é intérprete de la Santa Sede y de la sagrada Congregacion de Propaganda para las lenguas orientales.

Este nuevo seminario fué establecido en el distrito de Kesruan, cerca de la pequeña ciudad de Antura, y á muy corta distancia de la residencia fundada en 1652 por los PP. Jesuitas y por el noble jeque Abu-Nofel-Nader-el-Khazeue, gobernador de la provincia. La proximidad del seminario y de la residencia permitia á las dos casas prestarse muchos servicios. El M. R. Tamburini nombró primer rector del naciente seminario á un maronita jesuita, el virtuoso P. Antonio María Nacchi. En cuanto á la nacionalidad de los alumnos, habia sido cuidadosamente determinada por los piadosos fundadores. Las tres cuartas partes habian de ser maronitas, y en este número habia de haber á lo menos uno de la isla de Chipre. La última cuarta parte podia componerse de coptos y caldeos.

Esta obra no subsistió mucho tiempo; no pudo sobrevivir á la supresion de la Compañía que la dirigia. Pero su misma caída inspiró al patriarca maronita la idea de fundar una Congregacion de misioneros nacio-

nales, á quienes sirvió de residencia y punto central el antiguo seminario de la Inmaculada Concepcion. Aunque dicha Congregacion se ha instalado hace ya algunos años en Kreima, cerca de Ghosta, en un convento armenio comprado al efecto por un ejemplar sacerdote maronita, que vive todavía, el P. Khuri Junhauna Hhabib, traductor de la teología moral del P. Gury; sin embargo, conserva todavía la propiedad del establecimiento de la Inmaculada Concepcion y de sus dependencias en bienes raíces.

Cuando, hace cerca de medio siglo, volvieron á presentarse los Jesuitas en el Monte-Líbano, el patriarca maronita José Dhobaiche se ofreció á reponerles en la plena posesion del seminario de Antura; pero las circunstancias habian cambiado; otros misioneros habian reemplazado á los Jesuitas en la residencia fundada por el jeque Abu-Nofel; por otra parte, esa no bastaba para las nuevas necesidades. Los PP. Planchet Riccadonna y Esteve maduraban un proyecto más vasto, y de acuerdo con la sagrada Congregacion de Propaganda, aspiraban á fundar un seminario oriental, es decir, un seminario abierto indistintamente á todas las naciones católicas de Oriente. Por consiguiente, no fueron aceptados los benévolo ofrecimientos del patriarca, y se ocuparon seriamente en la fundacion del seminario oriental.

En cuanto estuvo seguro de la aquiescencia y aprobacion del patriarca maronita, del delegado apostólico Ilmo. Vilardell, y del M. R. P. Juan Roothaan, superior general de la Compañía, el P. Benito Planchet, que á la sazón era superior de la Mision, dirigió una larga y sólida Memoria á los Consejos centrales de la Propagacion de la fe, los cuales tuvieron á bien contribuir á la ereccion del seminario oriental con un socorro extraordinario, relativamente considerable. Trazar un plan conveniente y realizarlo en cuanto lo permitieran los recursos presentes y las circunstancias locales, hubiese sido á buen seguro el partido más acertado. Pero el tiempo urgia, y los directores de dicha Obra insistian en que se abriese sin demora el nuevo seminario. Fué preciso, pues, renunciar á construir, y hubo que contentarse con comprar una casa espaciosa, bien situada, que pudiese transformarse fácilmente en casa de educacion. Creyóse haber hallado en Ghazir lo que se buscaba. Era un palacio de los emires de Chehab, abandonado mucho tiempo habia, por haber venido á menos esta ilustre familia á consecuencia de la caída del gran emir Bechir, príncipe de la Montaña. Este palacio tenia agua abundante, su situacion no podia ser mejor, el clima era templado y salubre. Compróse, pues, el palacio.

Despues de las reparaciones más urgentes, abrióse en 1844 una escuela externa árabe y de italiano, que fué desempeñada por dos antiguos alumnos de la Propaganda, bajo la direccion del P. Obrompraski, jesuita polaco. Y ahora permitidme recordaros una carta que en 1851 dirigia al Consejo central de Lyon, y en la que me ocupaba de nuestras diversas estaciones de Siria. En el párrafo Ghazir me extendia en los siguientes pormenores:

«El 19 de marzo de 1846, fiesta de san José, bajo cuyo patrocinio se ha colocado al nuevo establecimiento, en memoria de nuestra antigua residencia de Antura que le tenia por patron, abrióse por fin el seminario, y recibió sus primeros alumnos. Estas primicias le vi-

nieron naturalmente de varios puntos del Kesruan y del Quatea. Mas no tardaron los otros distritos del Líbano en ofrecer también su contingente. Bien pronto los ritos maronita, griego-unido, sirio, caldeo y hasta latino se vieron representados en Ghazir por un número relativamente notable de jóvenes, animados todos del mejor espíritu, y juntando á una gran docilidad una no menor aplicación al estudio del italiano y del latín, lenguas fundamentales de la enseñanza superior que había el propósito de dar á los seminaristas de Ghazir.

«La nobleza del país se había manifestado ansiosa de participar de las ventajas que todos se prometían del naciente Instituto; más de la mitad de los alumnos se componía de jeques, miembros de las principales familias del país (después de las de los emires), es decir, de los Khazeuas, de los Hhobaiches, de los Dhhadhhas y de los Khouris. El patriarca maronita, José el-Khazeue, el patriarca griego-melquita, Máximos Mazloume, el obispo maronita de Baalbeck, Antonio el-Khazeue, el administrador temporal del patriarcado maronita, Simon el-Zuaine, habían enviado, como á porfía, algunos de sus próximos parientes.»

De la misma carta tomo el párrafo que sigue, relativo á la superior utilidad del seminario de Ghazir, tal como la comprenden sus fundadores. Han pasado ya muchos años, y sin embargo, las apreciaciones que contiene son tan oportunas y verdaderas como el día en que se escribieron:

«No me detendré en hacer resaltar la importancia de este establecimiento. Es evidente que constituye la obra capital de nuestra Misión. Así la han considerado siempre nuestros superiores; así la juzgan los extranjeros, de cualquier país y carácter que sean, que por un estudio serio del Oriente se hallan en estado de apreciarla. Muchos hombres eminentes se han dignado confirmar este juicio, apoyándolo con la alta autoridad de su sufragio. Y hé aquí por qué nuestra Sociedad no perdona sacrificio alguno, así en hombres como en dinero, para darle todo el desenvolvimiento de que es susceptible.»

¿Ha prosperado esta obra? Sí, á lo menos tanto como lo han permitido recursos harto limitados y circunstancias poco favorables.

Observamos por de pronto que estando todos los seminarios maronitas y otros dotados de pingües rentas, no exigen pensión alguna de los alumnos. De ahí la idea ó preocupación de que la educación clerical debe ser necesariamente gratuita, y que la Iglesia ha de mantener á los hijos de familias á quienes sus padres dan autorización para seguir la carrera eclesiástica. Concíbese que, en presencia de tales antecedentes y disposiciones, los Jesuitas de Ghazir han tenido que resignarse á educar también gratuitamente á los aspirantes al sacerdocio. Sin esta condición, su obra se hacía imposible, tanto más cuanto que el curso de su enseñanza no había de bajar de doce á trece años. Pero por otra parte, con la enseñanza gratuita, el desarrollo de la obra quedaba subordinado á la cuota de los subsidios anuales de la Asociación que, en nuestros días, es el único sosten de las Misiones, y cuyos recursos no crecen por desgracia á proporción de las necesidades á que querría dar plena satisfacción.

No se os hará extraño, pues, que nuestros seminaristas de Ghazir, entre grandes y pequeños, no hayan po-

dido pasar jamás de la cifra de 80. La revolución de 1848 nos había obligado por primera vez á reducir su número. La desastrosa guerra de 1870-71 nos ha hecho bajar hasta la cifra de 50. Desde las primeras vacaciones que siguieron á la declaración de guerra, hubimos de sacrificar 25 seminaristas á la calamidad de los tiempos y al temor harto fundado de no poder proveer á su manutención.

Dios sabe cuán sensible nos fué esta medida, pero la más vulgar prudencia nos la imponía como una necesidad. Hasta el número de los alumnos laicos sufrió alguna disminución (1). Aunque la retribución es muy modesta (menos de 400 pesetas), con todo son muy pocas las familias indígenas que consientan en pagarla íntegramente: la mayor parte exigen una rebaja que nos vemos en la imposibilidad de concederles. Esta negativa las aleja, y se dirigen á otros establecimientos, donde al parecer encuentran las facilidades que desean. Añádase á esto que los colegios se han multiplicado en Berito, punto central é importante, de mucho más fácil acceso que Ghazir, que está á seis horas de dicha ciudad y situado en la montaña. La proximidad de los referidos establecimientos, añadida á otras razones extrínsecas que se refieren peculiarmente á los indígenas, hacen inclinar frecuentemente la balanza á su favor.

Ahora, pues, es cosa reconocida que la posición topográfica de Ghazir, que no podía ser más á propósito para un seminario, es absolutamente desfavorable para la prosperidad de un establecimiento laico de enseñanza. En Europa no sucedería esto, pero estamos en Oriente, y hemos de tener en cuenta el carácter y las ideas de nuestros orientales.

Este es el motivo por que los superiores han acordado en principio trasladar á Berito el seminario-colegio de Ghazir. Ya se ha escogido y comprado el terreno que ha de ocupar el futuro establecimiento; su posición no puede ser más ventajosa. Así que lo permitan nuestros recursos, pondremos manos á la obra, y los trabajos de construcción se llevarán adelante con toda la actividad posible.

Hay la fundada esperanza de que el colegio laico reunirá el número de alumnos suficiente para cubrir sus gastos. En cuanto al seminario, siempre fundado sobre el principio de la enseñanza gratuita, no podrá prosperar ni obtener su legítimo desarrollo, si no viene en nuestra ayuda la caridad de Europa: cien donativos de 400 pesetas cada uno, es decir, un socorro anual de 40,000 pesetas. ¿Se nos concederá este socorro? ¿Podemos esperararlo razonablemente? La caridad de Dios halla todavía un eco en muchos corazones, y cada día obra en el mundo inesperados prodigios. Puedo repetir aquí lo que Pío IX escribía en 1851 al Consejo central de Lyon: «Creemos poder recomendar, con especial confianza de ser atendidos, la obra de nuestro seminario oriental á vuestro interés, á la inagotable caridad de una Obra que ha recibido del cielo una misión evidentemente providencial, y que la realiza de tal modo que excita la admiración del universo católico.»

(1) La apertura del colegio propiamente dicho data de 1848 ó 1849. Esta obra es completamente distinta y separada de la del seminario oriental. Únicamente algunas clases son comunes á los alumnos laicos y á los seminaristas. Hay, sin embargo, unidad de dirección, y la autoridad del rector se extiende igualmente á los dos Institutos.

FILIPINAS.

CARTA DEL PADRE SINTES.

Dapitan, 12 de febrero de 1885.

P. C.

Mi muy amado en Cristo Rdo. P. Goberna: No he podido cumplir hasta hoy la promesa de mi carta, que dirigí á V. R. en octubre, si mal no recuerdo.

Las noticias de mi tan apreciada é inolvidable Valencia, que V. R. ha tenido la amabilidad de comunicarme, son para mi alma del mayor consuelo y dulce satisfaccion.

No son ni tan satisfactorias ni tan consoladoras las nuevas de este país. Cuatro fueron los terremotos que sufrimos en el memorable y terrible, para nosotros, 2 de octubre. Tuvimos el primer terremoto á las seis y media de la tarde, y los sacudimientos de la tierra fueron muy fuertes. Experimentamos el segundo á las diez de la noche, siendo poco sensibles las oscilaciones que causó. Mas el tercero, que se dejó sentir á las once y media de la misma noche, fué el más fuerte y espantoso. Comenzó por un ruido subterráneo tan aterrador, que parecia iban desplomándose enormes edificios en las entrañas de la tierra. Experimentamos luego tales sacudimientos, que no hubiera quedado edificio en pié, si fuesen de mampostería las casas de este pueblo. Lastimeras voces, que con tristes cánticos de penitencia pedian perdon y clemencia á Dios se oian por todas partes. En medio de tanta afliccion y desconsuelo, la presencia y la caridad del reverendo Padre superior de estas Misiones, que se encontraba en esta casa, fueron para mí de gran alivio y esfuerzo. El cuarto terremoto tuvo lugar á las doce de la citada noche. Fué de poca importancia. Otros varios hemos experimentado desde octubre, pero ninguno ha sido ni fuerte ni duradero, á Dios gracias. Y basta por hoy de tristes noticias.

Para consuelo de todas las bondadosas personas de Valencia, que regalaron á estos buenos indios la devota imagen de la Virgen de los Desamparados, voy á participar á V. R. con qué solemnidad fué obsequiada en ésta la santa Imagen. Elegimos el 21 de noviembre, día de la Presentacion de María, para la solemne fiesta dedicada á la Virgen de los Desamparados. Preparóse el pueblo con un devoto y muy concurrido novenario. El día de la solemne fiesta apareció la hermosa Imagen muy bien iluminada y adornada con todas las flores artificiales, aunque pobres, de que podemos aquí disponer. Mi compañero predicó, y con los datos que le di de la milagrosa Imagen de esa, hizo resaltar perfectamente cuán piadosa y caritativa se manifiesta la ciudad de Valencia. Ante un numeroso auditorio de estos indios muy devotos y conmovidos, recordó el Padre los muchos objetos que como limosnas habían recibido de esa religiosa y caritativa ciudad, y concluyó exhortándoles á que todos ellos se esforzasen en imitar á los hijos de Valencia en la verdadera y constante devocion que profesan á la Virgen de los Desamparados. A mí me tocó celebrar la solemne Misa, y despues de concluir, para fomentar más y más entre estos buenos indios la devocion á la excelsa Protectora de Valencia, repartí entre ellos muchas medallas, escapularios y unas 500 ó 600 estampas de la Virgen de los Desamparados, que conservaba como recuerdo de mi despedida de esa inolvidable ciudad. Muchos fueron los que

quedaron desconsolados por no haber podido participar de la reparticion, pero les animé prometiéndoles que sus deseos quedarian satisfechos desde el momento que recibiera de Valencia una nueva remesa de estampas, escapularios y medallas. Lo más tierno y conmovedor de esta solemnidad religiosa fué oír repetidas veces de los labios de los más tiernos niños, que «deseaban amar mucho á la Virgen de los Desamparados.» Bastantes fueron los indios que pedian la novena para obsequiar á María, y como sólo un ejemplar conservaba en mi poder, no pude complacerles. De hoy en adelante procuraremos celebrar la fiesta de la Patrona de Valencia el mismo día que en esa se celebra. No deje de manifestar nuestro más cordial y sincero agradecimiento á todas las buenas y piadosas personas que tuvieron el feliz pensamiento de enviarnos la hermosa imagen de la Virgen. Por todas ellas ofrecí el día de la solemne fiesta el santo sacrificio de la Misa, y todo el pueblo de Dapitan agradecido, no sólo conservará siempre la más grata memoria de Valencia, sino que rogará á Dios que bendiga copiosamente á todos esos bienhechores, que tan caritativos se manifiestan con los pobres indios.

Algunas personas, antiguas conocidas de esa, me han ofrecido ya algunas limosnas. Le manifestaré, á medida que V. R. las vaya recibiendo, cómo debe invertirlas, procurándonos los objetos más necesarios para estos pueblos. Acepte todos los objetos piadosos, por insignificantes que parezcan, que le ofrezcan. Porque como hay familias que viven en el monte, y por las largas distancias y pésimos caminos sólo una vez al año pueden asistir al templo, una medallita, cuadrito, crucifijo, escapulario ú otro objeto piadoso les sirve como de altar mayor, ante el cual se reúne toda la familia para ofrecer sus oraciones y prácticas de piedad al Señor. Todos estos regalitos nos abren la puerta y disponen los corazones de estos indios para poderles hablar de las verdades de nuestra santa Religion, y procurar la salvacion eterna de sus almas. Y no sólo sirven para conservar y mejorar los indios cristianos, sino que con los regalitos de objetos piadosos atraemos, y poco á poco vamos ganando para Dios los corazones de los desgraciados infieles. En todas estas Misiones bautizamos durante el año pasado 2,173 infieles. Muchos más hubiésemos bautizado si fuese mayor el número de misioneros. Porque atendida la escasez de operarios, no podemos con frecuencia repetir nuestras apostólicas excursiones por esos montes é inmensos bosques donde vagan como bestias los pobres infieles. Los moros son los que más reacios se manifiestan para recibir la regeneradora luz del Evangelio, porque sus costumbres son muy depravadas y perversas. Una de las instituciones que más consuelo nos proporciona, es la de las escuelas de los niños. Son muchísimos los que concurren á los Catecismos, y para atraerlos tenemos que valernos tambien de las estampas, libritos, medallas y otros objetos semejantes, que estos niños aprecian sobremanera.

He recibido algunas cartas de esa con quejas de mi silencio. Para satisfaccion completa de cuantas personas han tenido la amabilidad de escribirme, debo afirmar que no he recibido ni una sola carta de esa que no la haya contestado lo más pronto que me ha sido posible.

En medio de los trabajos y sufrimientos, en estas Misiones es donde mejor se conoce cuán bueno es Dios

para los que se entregan completamente á su santo servicio, y cuánto aprecia Jesús las almas que ha redimido con el precio infinito de su Sangre. Agua fresca, tan apetecida por el excesivo calor que aquí experimentamos, no la he podido probar desde que vivo en estas tierras. El día que podemos comer galleta, es para nosotros fiesta de Pascuas. Nuestra cama es el duro suelo, sin más colchon que el pobre *petate*, es decir, una miserable estera que los indios fabrican. La casa, que aquí llaman convento, es de nipa, y sólo podemos habitarla cuando nos encontramos en los pueblos ya formados. Todas las comodidades que en ellas podemos disfrutar consisten en una cama de cañas, una silla vieja y medio rota, y muchas veces por la noche no podemos tener encendida la luz por el mucho viento que sopla dentro de estas desvencijadas casas. Cuando asistimos á los enfermos y moribundos nos es preciso estar de pié ó de rodillas para poder oír sus confesiones.

Todas estas incomodidades, y muchas otras, las dulcifica el Señor por medio de su gracia. No cese V. R. de pedírsela al Señor en sus fervorosas oraciones, y encargue esto mismo á tantas almas caritativas de esa, para que con santa alegría y fruto copioso de las almas sepamos sobrellevar los penosos trabajos de esta Misión.

Quisiera, Padre mio, que para consuelo y satisfacción de cuantas personas bienhechoras nos favorecen, llegase esta carta á manos de cuantos se la pidiesen. A todas esas almas caritativas las tengo muy presentes en mis oraciones todos los días, para que Dios les recompense el amor y caridad que manifiestan para con estos pobres indios.

A los SS. y OO. de V. R. mucho me recomiendo. Su afectísimo H. y S. en Cristo, *Juan Sintés, S. J.*

CRÓNICA.

Inglaterra.—El principal diario católico del Reino Unido, el *Tablet*, anunció días pasados la conversión al Catolicismo de un gran dignatario de la secta anglicana, el Dr. Trench, arzobispo anglicano que ha sido de Dublin.

—Con gran solemnidad han abjurado de los errores del protestantismo, en el Oratorio de Londres, el baron Felipe Rose y sus cinco hijos.

Este baron Rose, miembro de la antigua nobleza inglesa, es hijo de un célebre personaje íntimo amigo y testamentario del difunto jefe del partido conservador lord Beaconsfield.

La conversión, que ha causado gran efecto en Inglaterra, se explica en parte por la influencia de lord Lennox, hermano del duque de Richsmond.

—Mons. Petre, hijo de lord Petre, que murió hace poco tiempo, y su sucesor en la Cámara de los Lores, ha decidido destinar, á costa de la fortuna heredada de su padre, la suma de 200,000 libras esterlinas, ó sea 5.000,000 de pesetas, á las obras católicas.

—Prueba elocuentemente cuánto ha mejorado la situación de los católicos en Inglaterra el que en la Cámara de los Pares hay 36 lores católicos, y 68 diputados, también católicos, en la Cámara de los Comunes; que en poco tiempo se han construido 40 santuarios, y que abundan allí las Ordenes religiosas, dándose el caso,

increíble para los ingleses de la anterior generación, de que los religiosos andan por todas partes cubiertos con sus hábitos penitentes, sin que nadie les falte al respeto, y antes al contrario, despertando simpatías entre los mismos protestantes, que, poco á poco, van modificando las preocupaciones engendradas por el odio de secta.

Pero aun hay más, puesto que se asegura que gran número de protestantes oyen gustosísimos los sermones que predicán los Padres Jesuitas y Capuchinos.

En un artículo que ha publicado en la *Revista de la historia de las religiones* M. Reville, se dan detalles interesantes sobre el Catolicismo en Inglaterra. La revista, redactada en sentido racionalista y poco sospechoso por tanto de parcialidad hacia la Iglesia, confiesa «que la minoría católica aumenta diariamente y que casi se ha doblado en los últimos cuarenta años.»

La *Revista* concluye así su artículo:

«El Catolicismo ha hecho conquistas importantes en las altas clases. Cálculase que en los treinta años últimos se han convertido seiscientos *noblemen* ingleses. Del Ritualismo de la Alta Iglesia al Romanismo (como se dice en inglés), la pendiente es resbaladiza. Entre las más célebres conversiones, puede citarse la del marqués de Bute, uno de los más grandes propietarios del Reino-Unido; de lord Ripon y de miss Helen Gladstone, la propia hermana del primer Ministro. La propaganda católica no abandona ninguna clase social. Las escuelas católicas se multiplican cada día en Inglaterra.

«La fuerza social del Catolicismo en Inglaterra se aumenta con el contingente que Irlanda y Escocia le aportan en el Parlamento, la nobleza, la alta sociedad y la administración. La Iglesia católica cuenta en el Reino-Unido 40 pares (de los cuales hay 33 lores), 44 *baronets*, cinco miembros del Consejo privado de la Reina, y 60 de la Cámara de los Comunes enviados por Irlanda. *El Catolicismo empieza á ser una fuerza social en Inglaterra*, y por comprenderlo así el Ministerio Gladstone, sin abrir relaciones diplomáticas con la corte de Roma, ha mantenido con ella relaciones oficiosas por medio de su enviado, mister Errington.»

El cardenal Mac Cabe, arzobispo de Dublin, ha muerto á consecuencia de la larga enfermedad que padecía.

Nació en la misma ciudad en 14 de febrero de 1816. Despues de haber desempeñado perfectamente diferentes cargos eclesiásticos, Pio IX lo preconizó en 27 de junio de 1877 obispo titular de Gadara, nombrándole coadjutor del Emmo. Cullen, siendo arzobispo de Dublin desde 1879.

El mismo Pontífice, queriendo recompensar sus servicios á la Iglesia, lo creó cardenal del orden de Presbíteros en el Consistorio del 27 de marzo de 1882.

Pertenecía desde entonces á las Congregaciones de Obispos y Regulares, Propaganda é Indulgencias.

La muerte de este Prelado es una gran pérdida para el sacro Colegio, y de un modo especial para Irlanda. Así lo ha reconocido la Reina de Inglaterra, quien ha enviado su pésame al lord lugarteniente de Irlanda, el cual lo ha comunicado al obispo coadjutor del Cardenal difunto.

Turquía asiática.—Con fecha 22 de marzo último nos escriben de Buyukderé (pueblo del Alto-Bósforo:

«Ayer, domingo, se puso con toda solemnidad la primera piedra de la iglesia armenia católica de nuestro pueblo:

«Presidió la ceremonia el Ilmo. Azarian, asistido de numeroso clero. El presbiterio estaba adornado con banderas y laurel. En el emplazamiento de la iglesia se levantaba bajo una tienda un magnífico altar rodeado de banderas. Los prelados asistentes fueron los Ilmos. Kupelian, arzobispo titular de Adalia; Melquisedech, obispo de Erzerum; Arakelian, de Angora; Pablo Marmarian, de Trebizonda, y Holas, vicario patriarcal. Una multitud considerable llenaba el recinto, y veíanse muchos personajes influyentes.

«Empezó la ceremonia leyendo Arakel Effendi, secretario del patriarcado, un firman imperial que autoriza la construcción de la iglesia.

«Después de los salmos de costumbre se procedió a la instalación de diez y siete reliquias, que sostenían otros tantos laicos en piedras que S. Ilma. puso una por una en los lugares previamente designados, cubriéndolas de tierra: los operarios terminaron esta operación con algunos trabajos de albañilería. El Rdo. Adjemian, secretario del Patriarca y maestro de ceremonias, leyó en seguida una inscripción escrita en pergamino, firmada por los eclesiásticos citados más arriba y los notables de la comunidad. Este pergamino lo introdujeron en un estuche cilíndrico, en el que pusieron asimismo algunas monedas, y luego fué metido en una cavidad reservada bajo los fundamentos.

«Terminada la ceremonia, S. Ilma. recibió en el presbiterio las felicitaciones de las notabilidades presentes.»

Maduré (Indostan).— El P. Víctor Delpech, de la Compañía de Jesús, misionero en Calliculam (Indias orientales), escribe desde último punto con fecha de 21 enero de 1885.

«...Ha venido verdaderamente el tiempo de preguntarme cómo un zuavo puede encontrar recursos para mis queridos catecúmenos arruinados por el hambre y diezmados por el cólera, alimentar á los huérfanos neófitos que están á mi cargo, dar algunas piezas de tela á las infelices jovencitas cuya desnudez me desgarraba el corazón, comprar terrenos, y construir dos iglesias indispensables en dos pueblos distantes. Finalmente, para poner mi paciencia y mi industria á nueva prueba, Nuestro Señor permite que en mi vieja iglesia de Calliculam penetre el agua por todas partes. A pesar de las rendijas enormes de los muros laterales, espero que se conservarán todavía algunos años; pero el lugar del altar, reducido santuario cuyo techo corrompido caése á pedazos mientras ofrezco el santo Sacrificio, ¿no reclama con urgencia una completa restauración?

Ha sido preciso apuntalar todo eso lo mejor posible, y extender sobre el altar miserable una tela grande que contenga al mismo tiempo el polvo del texto y las inmundicias de los murciélagos. ¡Qué lástima que no sean ustedes millonarios! pues entonces un bonito santuario, una sacristía pequeña, y un hermoso altar serían poca cosa para su piedad. Orad por lo menos para que el divino Maestro inspire á nuestros bienhechores de la *Propagación de la fe* á que me envíen las tres ó cuatro mil pesetas que me serían necesarias, y que nuestros superiores ciertamente no pueden distraer del montante de la generosa donación de la *Obra*, destinado á nece-

sidades más perentorias aún. A pesar de todo eso, ¡paciencia y gozo en Nuestro Señor!

Noticias varias.—En virtud de una disposición pontificia, y á petición del Capítulo general de Padres Capuchinos y del reverendísimo Padre Comisario apostólico de nuestra nación, se han reducido las provincias eclesiásticas de la Orden en España á una sola, bajo el título «del Sagrado Corazón de Jesús.» En virtud de otra disposición pontificia han sido nombrados: Provincial de España, el Rmo. P. Joaquín de Llevaneras, tan conocido como orador sagrado como por sus trabajos apostólicos; definidores de la Orden en la misma Provincia, los muy Rdos. PP. Francisco Javier de Arenys de Mar, Pedro de Usun, Antonio de Orihuela y Luis de Masamagrell, y custodios generales los Rdos. Padres Marcos de Montevito y Pedro de Castejon, *ad nutum Sanctæ Sedis*.

El Santo Padre, á últimos de febrero, recibió en audiencia particular al R. P. Blas, franciscano misionero, apostólico en la Bosnia, el cual presentó á Su Santidad dos jóvenes neófitos chinos, los cuales vestirán cuanto antes el sayal franciscano, para poder, una vez elevados al sacerdocio, regresar á su patria y evangelizar á sus hermanos.

—A últimos del año 1884 se puso en Bastia, Córcega, la primera piedra de un nuevo convento de Menores Observantes. En Londres, capital de Inglaterra, donde los franciscanos, antes de la mal llamada Reforma, tenían cincuenta y cinco conventos, de los cuales salieron, entre muchísimos doctores, Juan Duns Escoto, Rogerio Bacon, y tantos mártires en tiempo de Enrique VIII é Isabel, va á construirse otro convento dedicado á san Antonio de Padua. En Tosin también se erige una iglesia en honor del Taumaturgo de Padua.

—Ha llegado á Barcelona Fr. Antonio, esclavo de María, uno de los religiosos franciscanos fundador de la Provincia de San Luis de Francia, antiguo misionero de América, que evangelizó á los indios chivuanos y cambas, habiendo edificado por sus propias manos la iglesia de la nueva Reducción de San Juan del Piray. Perdida la salud á causa de sus muchos trabajos, fué destinado sucesivamente, á los conventos de Damasco, Jerusalem, San Juan de Acre, Rama, etc. Dicho religioso viene á implorar la generosidad de los buenos barceloneses sus compatriotas, en favor del convento de Villareal, diócesis de Tortosa, donde reside y que amenaza ruina.

APUNTES HISTÓRICOS

SOBRE LA FUNDACION DEL COLEGIO DE SAN CARLOS Y SUS MISIONES EN LA PROVINCIA DE SANTA FE (AMÉRICA MERIDIONAL).

VI.

Segunda prefectura del P. Antonio Rossi.



El día 24 de mayo de 1873 fué elegido segunda vez prefecto de Misiones el P. Antonio Rossi.

Estando aún en el Colegio el recién nombrado prefecto, recibió una comunicación del P. Bernardo Tripini, que á la sazón se hallaba en San Javier, en la que le decía: «que en el Rey (hoy Reconquista) se habían presentado unos trescientos indios *mocovies* y como doscientos *tobas* para deducirse.» Por cuyo

motivo, expresaba el citado Padre, tendría el gusto de ir á asistirlos él cuantas veces fuera del agrado del Padre Prefecto. Por lo que, no teniendo éste inconveniente alguno, determinó al susodicho P. Tripini, como presidente de la nueva Reduccion.

Apenas se había hecho cargo el misionero aludido, de aquella Reduccion, la invadió la viruela, y fué tan epidémica que concluyó con todos los *tobas*; pero felizmente el Padre misionero, á costa de incesantes vigili-
as, pudo instruirlos en algo y bautizarlos á todos, y por esos tan medios consiguió también verlos morir cristianamente.

En el transcurso de seis años que presidió dicha Reduccion, sufrió todas las necesidades imaginables; construyó con sus propias manos una capillita de estanteo y embarrado; un cuarto para su habitacion; se alimentaba con la poca galleta y ración de carne que le pasaba la nacion como capellan del ejército. El sueldo de este ministerio no lo vió nunca; recién el 81 se lo vinieron á pagar; ya en esta época el P. Tripini no residía en Reconquista. Otros recursos no tenía; pues ¿qué medios podía tener en una Reduccion de indios y en un canton de Frontera?

Sólo quien haya hecho esa misma vida puede apreciar semejante sacrificio.

La Mision poco podía ayudarle, porque el prefecto se hallaba ocupado en la construccion del templo de San Javier, que no sólo absorbía toda su atencion, sino también los pocos ahorros del Padre misionero. De manera que el pobre Padre tenía que experimentar todas las penurias del desierto.

En sus visitas á los cantones de la frontera, su vida no era más halagüeña. Montado en un mancarron, que el más pequeño soplo de viento lo ladeaba, y acompañado de unos soldados, cruzaba aquellas soledades é inmensos bosques, que le ofrecían con su aspecto imponente y silencioso, á cada paso la muerte.

¡Y á fe que no voy errado! Una vez al hacer esas travesías, yendo de visita á los citados cantones, un cautivo que iba entreverado con una partida de indios montaraces, le brindó con dos lanzazos, uno en un brazo y otro en un muslo, tirándolo del caballo y dejándolo tendido en el suelo. Y habría perdido la vida si nuestros veteranos, fraternizados siempre con los Padres misioneros, no hubieran hecho lucir sus remingtons con entereza y bravura, trayéndolo en seguida á la Comandancia general, en donde se le curó con los medios que la divina Providencia proporciona en aquellas alturas.

Templo de San Javier.

Como ya he dicho, el P. Rossi se hallaba al lado de su obra, dirigiendo con todo entusiasmo los trabajos del templo.

No creo necesario describir aquí todos los sacrificios y privaciones á que se sujetó ese pobre anciano para levantar este segundo templo.

Solamente diré, que si no fueron mayores, menores no lo fueron; mucho más si se considera la distancia en que trabajaba dicho templo. Esa distancia era, por tierra, de treinta y cinco leguas hasta Santa Fe, y por agua se necesitaban cerca de veinte y ocho horas de vapor para arribar al punto donde aquel se edificaba.

Pero, no debo omitir tampoco los méritos de su infatigable compañero el Padre Hermete Costansi.

Sacerdote ejemplar, con sus veinte y cuatro años de Misiones sin dejar las graves ocupaciones de su ministerio, como misionero y maestro de escuela ponía su poderoso auxilio en el trabajo de la obra, sirviendo á la vez de peon, de maestro albañil, carpintero y herrero, porque entiende un poco de todos esos oficios.

La caridad pública y el auxilio de los Gobiernos nacional y Provincial, que no habían faltado en la construccion del templo de Santa Rosa, no faltó tampoco para el de San Javier. Por cuya razon este templo que se empezó el 18 de mayo del 74, á principios del 78 ya estaba concluido.

Descripcion del templo.

El templo mencionado mide cuarenta varas de largo, diez de ancho, once y media de alto; con su hermosa y correspondiente torre de veinte y dos varas de alto.

Á cada costado del templo hay cuarenta varas de edificio, que sirve momentáneamente de habitacion para los Padres y escuela de niños. Cuyo edificio podrá utilizarse para el culto así que se franqueen los arcos que dividen á la iglesia de las habitaciones, y por ese medio tendríamos una hermosa iglesia de tres naves.

El edificio y el templo son techados con baldosa y teja francesa por encima.

Tenemos por consiguiente fabricadas ciento veinte y cuatro varas de edificio en contorno, sin contar las partes altas.

Si á todo esto añadimos el ornato interior del templo que tiene un primor poco comun, puede entonces formarse el curioso investigador una idea exacta del sacrificio que han hecho los Padres misioneros al efectuar esa obra, pues el edificio en cuestion que costó 15,423 pesos bolivianos, ha sido avaluado en 30,000.

Edificio de Reconquista.

Concluida la obra del templo citado, el infatigable anciano se dirigió á Reconquista para atender á las necesidades de esa Mision.

Es preciso advertir, que esa Mision recién fundada carecía de todo lo necesario al culto y habitacion de los Padres, pues la capilla y casa que servía al Padre misionero y que había trabajado con sus manos, era un miserable rancho que apenas servía para resguardarse de las intemperies, careciendo así el culto de su esplendor é imposibilitando á los indígenas de recibir la instruccion religiosa.

A este objeto precisamente fué el P. Antonio Rossi, para que de acuerdo con el coronel obligado se tomaran las medidas necesarias; y por el corto tiempo que le quedaba de su prefectura, no hizo más que reunir los materiales más apremiantes, para seguir en adelante la construccion de una capilla provisoria.

En seguida bajó á Calchines para levantar una escuela destinada á la educacion de los indígenas y que fué de las dimensiones siguientes: diez varas de largo por cinco y media de ancho; con techo de paja y un buen patio de catorce varas, cercado de ladrillos, para recreo de los niños.

La escuela mencionada se edificó en el suburbio Norte del pueblo, y se eligió al efecto un punto aparente.

Con esto último que dejo indicado, concluyen los

trabajos materiales llevados á su completo término por el P. Rossi, en su segundo período de prefecto de las Misiones.

Las Misiones que él presidió en este segundo sexenio, sin embargo de los trabajos materiales que tuvo en la construcción de las iglesias, fueron siempre bien vigiladas y atendidas, procurando que floreciese en ellas la moral y educación de los niños por medio de la asistencia á la escuela y al templo.

Envío también al desierto al Jerónimo Marchetti para conquistar al cacique José Domingo, que era el azote de las poblaciones vecinas de la Frontera.

Desgraciadamente su Mision no tuvo feliz resultado, porque los indios que había conquistado, se alzaron, salvando él milagrosamente la vida.

A pesar de ese hecho, el prefecto tuvo el consuelo de ver aumentar la población indígena de Reconquista, con los caciques Lanche y Ventura Cisterna, indios pertenecientes á las viejas Reducciones; pero que hacía como quince ó veinte años se habían alzado y llevaban la vida nómada en esos desiertos.

Lleno de gozo y consuelo en ver que Dios había bendecido sus esfuerzos, así materiales como espirituales, en beneficio de sus poblaciones y de la civilización cristiana de ellas, se retiraba á su colegio para entregar el mando de la prefectura al que suscribe, y que resultó electo en el período renovado.

PREFECTURA DEL P. FR. VICENTE CALONI.

En el día 27 de mayo de 1879 se reunió en Capítulo el



SIRIA.—Cristianos de Kesruan. (Pág. 171).

venerable nuestro Colegio de san Carlos de *Propaganda fide*, para practicar la elección del nuevo prefecto de Misiones, bajo la presidencia del P. Rafael Pezzini. A desempeñar este oficio fué electo por la Comunidad el Autor de estos *Apuntes*, hijo de la observante Provincia de Bolonia y actualmente del Colegio de san Carlos.

Al recibir este penoso ministerio experimenté una viva sensación de verdadero abatimiento, por considerarme privado de las esenciales cualidades de que necesariamente tienen necesidad los elevados á presidir á los demás; sin embargo, confiado en la promesa de Nuestro Señor, que á quien eleva da también los medios necesarios para que cumpla menos indignamente su cometido, llamé á resigna todas mis fuerzas así ma-

teriales como espirituales; las presenté al supremo Hacedor y le dije: «Aquí las teneis; disponed, Señor, de ellas para vuestra gloria y honor.»

Las Misiones, pues, desde ese momento debían llamar toda mi atención.

Consulté al efecto con el ex-prefecto Fr. Antonio Rossi, sobre los medios debían tomarse para que nuestras Misiones siguiesen adelante ó á lo menos persistiesen en el estado floreciente en que las recibía.

Después de haber cambiado varios pareceres al respecto, convenimos en que él iría á Reconquista para seguir la construcción del templo de esa Reducción; que el P. Bernardo Tripini iría á Santa Rosa; que el P. Jerónimo Marchetti y el P. Bernardo Arana á San Martín; en San Javier quedaría el P. Hermete Costansi, y

en el Sauce el R. P. Marino Macaño, eligiendo yo para asiento de mi prefectura nuestra Reduccion de Santa Rosa.

Pasé en seguida aviso al ministerio del Culto de la nacion y á S. S. Ilma. el Obispo del Paraná la determinacion de esta respetable Comunidad en elevarme á prefecto de nuestras Misiones del Chaco, y recibí felicitaciones.

A los Padres misioneros, compañeros en los trabajos apostólicos de nuestras Misiones, les pasé una circular haciéndoles conocer mi elevacion á presidirlos; pero que esta presidencia, á la vez que me elevaba sobre de ellos, me hacía conocer que era padre, y como tal, con muchas y graves obligaciones para con ellos; y como entre el padre y el hijo hay obligaciones recíprocas, les exhortaba al severo desempeño de nuestros sagrados deberes y á mantener fuerte el vínculo de la caridad cristiana, especialmente entre los defensores de una misma causa, la que gracias á Dios se conserva hasta hoy inalterable entre todos los Padres de las Misiones en el Chaco.

Dados todos estos pasos y tomadas las medidas necesarias para que todo procediese con rectitud y regularidad, me encaminé á las Misiones. Mi primer cuidado al pisar este territorio era remediar á las tantas quejas que habia sobre nuestra Reduccion indígena de San Martín; y al efecto habia tenido varias conferencias con el señor gobernador de la provincia Dr. D. Simon de Iriondo.

Pero el enemigo del hombre trabajaba sin cesar en contra de ella, creyendo tal vez recibir en recompensa de sus malos servicios las cuatro leguas de campo que la H. C. de esta provincia habia cedido á la expresada Reduccion. Con este objeto las calumnias en contra de ella se multiplicaban cada dia para indisponer el ánimo del citado Gobernador; sin embargo, no les prestaba mucho crédito, conociendo él como yo cuáles eran las verdaderas causas del malestar de nuestra Reduccion.

Infortunadamente, la revolucion del 80, que amenazaba incendiar á la República entera y que á causa de ella, justa ó injustamente perecieron intereses valiosos y provincias enteras fueron assoladas, envolvió tambien á nuestra Reduccion de San Martín, que tuvo que sufrir todas las consecuencias de una época tan turbulenta y sediciosa como aquella.

La indiada expresada, injustamente complicada, fué traída á Santa Fe para ser dividida entre las familias santafecinas, y una gran parte de los hombres destinados al servicio de las armas, á excepcion de unas pocas familias que traje á nuestra reduccion de Santa Rosa.

Para salvar á nuestra indiada no perdoné trabajos ni sacrificios, haciendo conocer la inocencia de ella; mas todo fué inútil: la Reduccion debia perecer, y la Mision tuvo que resignarse á la lógica de los acontecimientos.

Mientras esto sucedia, una parte de la indiada que habia quedado en San Martín, cuyo jefe era el cacique Valentin, temiendo por su indiada en presencia de lo sucedido, se alzó con ella y se fué á los montes. Su intencion no era permanecer en ellos, sino exigir del Gobierno nuevas garantías para su indiada, como efectivamente lo probó volviendo á nuestra Reduccion de Santa Rosa, donde al presente se halla.

Aunque la dicha Reduccion quedase aniquilada por golpes tan mortales, quedaron no obstante en ella entre indios sampedrinos y criollos, unas trescientas almas.

Y como el Ministro de la Guerra publicase un decreto de remocion de éstos, tambien á pesar de ellos, obtuve sin embargo del señor gobernador Dr. D. Simon de Iriondo que el decreto ya mencionado no tuviera efecto.

Así sucedió y de este modo se conserva todavía, aunque postrada, esa Reduccion.

Una vez pacificado el ánimo de nuestras Reducciones y sin temor por mi parte de nuevos disturbios, me dediqué de todas veras á procurar el bienestar y adelanto de ellas.

Trabajos materiales en las Misiones.

SANTA ROSA.—La iglesia de esta Reduccion hacia bastante tiempo que no se habia refaccionado, por lo que traté con un maestro albañil para introducir las mejoras necesarias tanto en la iglesia como en la casa de la Mision.

Los trabajos efectuados son los siguientes:

IGLESIA.—La iglesia por el lado de adentro ha sido blanqueada, dándole las manos necesarias; lo mismo se practicó por el lado de afuera, hermoseándola con diversos colores al frontis y las torres; se colocó tambien en la torre de la izquierda un pararrayos. Altar, púlpito é imagen de Nuestra Señora del Tránsito fueron lujosamente dorados.

HABITACION DE LOS PADRES.—Se refaccionó completamente, por dentro y fuera, la casa que sirve de habitacion á los Padres y que la constituyen los dos costados de la iglesia, y se construyó una de azotea con una cómoda campana; se formó un hermoso corredor sostenido por columnas de fierro, con tirantillas de pino tea, tejuela por debajo y teja francesa por encima, siendo su dimension de cuarenta varas de largo, cuatro de ancho y cinco de alto en su parte superior.

Se llenó la quinta con cerca de cuatrocientos árboles frutales de toda clase, y alrededor de ella se hermoseó con alamedas de paraísos. La misma quinta fué dividida en su centro por un tapial de cien varas de largo, fabricado con material cocido.

CEMENTERIO.—Acto continuo traté de construir un nuevo cementerio, porque el que habia no solo era inservible, sino indecente. Lo concluí y se compone el actual cementerio de cien varas de frente por ochenta de fondo; teniendo las paredes de ladrillos, dos metros de alto, una hermosa puerta de fierro y cruces correspondientes.

En esta obra tomaron parte todos los vecinos; los criollos con su óbolo y carretas, y los indios con su trabajo personal.

Con esta proteccion pude realizar la citada obra con una economía bastante crecida, pues debiendo costearse todo en su justo y equitativo, no habria bajado de 1,500 nacionales y sin embargo se realizó con la cantidad de 850 pesos nacionales.

Incluyendo á la suma que antecede, las cifras que arrojan las demás obras ya apuntadas, resulta que la Mision ha gastado en esta Reduccion la cantidad de *dos mil trescientos setenta y cinco pesos, veinte centavos nacionales.*

Mejoras de la plaza.

Con todas estas refacciones y trabajos, que hacen resaltar á ésta nuestra Reduccion de Santa Rosa sobre las demás poblaciones de campaña de la provincia, por su hermoso templo, por su arquitectónico retablo del altar

mayor; por sus hermosas imágenes de santos, especialmente la de Nuestra Señora del Tránsito, cuya bella figura puede competir con las mejores que existen en los templos de la República, por su doradura fina y esmerada; por sus habitaciones y comodidades de los Padres; por su pintoresca quinta; por su inmejorable cementerio, era necesario también que tuviese una plaza correspondiente, para que formase contraste con todas esas bellezas.

A este laudable fin invité al vecindario, proponiéndole transformar la plaza en un precioso jardín.

El vecindario acogió mi proposición con entusiasmo.

Sin dar tregua alguna, se formó una Comisión directiva de los principales vecinos, quienes eligieron para Presidente de ella, al que suscribe estos *Apuntes*.

Es de mencionar aquí, que para la realización de nuestros deseos había que nivelar la superficie de la plaza, rebajándola un metro, por más que su extensión es de cien varas por costado.

¡Nada influyó para detenernos ante un obstáculo semejante!

Se trabajó con decisión y actividad por espacio de dos meses, tomando parte en esa obra ímproba la población indígena y criolla. Al fin de dos meses consecutivos pudimos verla concluida y hoy cercada con postes labrados de ñandubay, con cinco hilos de alambre y sembrados con alfalfa sus cuatro triángulos.

Se le plantó en contorno una alameda de árboles de naranjos y se colocaron los faroles, que por estos momentos fueron posibles.

De manera, que esta población tiene todo lo que constituye, y esencialmente requería, su progreso material y del modo más perfecto posible, de lo que puede con orgullo gloriarse.

San Jerónimo del Sauce.

A esta Reducción, que casi estaba sin vida, dediqué todas mis fuerzas para levantarla.

Obtuve del gobierno de la provincia treinta manzanas de terreno con la condición de venderlas á beneficio de la iglesia y de la Reducción, y con este auxilio dí orden para cortar cincuenta mil ladrillos, con los cuales levanté una hermosa pieza de diez varas de largo por seis de alto para habitación del Padre misionero, porque la que había era insuficiente.

Levanté ciento cincuenta varas de pared para el cerco de la huerta, de dos metros de alto; arreglé la placita de esa nuestra Reducción, cercándola con postes de ñandubay, con cinco hilos de alambre y hermoseándola con dos hileras de paraísos, cuyo valor asciende á *mil ciento cuarenta y cuatro pesos, veinticinco centavos* bolivianos.

Esta Reducción, que como he dicho, estaba sin vida y no se veían en ella casas de material á excepción de dos Escuelas, una de niños y otra de niñas que edificué cuando estuve de misionero en ella, hoy cuenta con cinco casas de azotea, seis ó siete de material y dos casas fuertes de tienda y almacén.

San Martín.

La población es triste á causa de varios sucesos ocurridos.

Sin embargo, los Padres misioneros han puesto todos sus esfuerzos por sostenerla, atendiendo además al cuidado de una hermosa y valiosa huerta, cercada con cua-

tro mil postes de palo á pique, con trescientos árboles frutales.

Para secundar los esfuerzos de los Padres de aquella Reducción, he hecho levantar dos piezas de ladrillos de veinticinco varas de largo para comodidad de la Misión.

Tengo pronto para una nueva capilla, diez ventanas con marcos de algarrobo; todo el armazón del techo; ocho vigas de pino; dos mil baldosas; once vigas de quebracho colorado; quince tirantillos de idem; ciento setenta planchas de zinc galvanizado y veinte mil ladrillos: cuyo valor puede tasarlo quien conozca la distancia que mide entre esa población y Santa-Fe.

Alguno dirá: «Si todos estos materiales se tienen prontos, ¿por qué no se lleva á cabo la obra de ese nuevo templo?»

A esto contestaré: que no lo levanto por temor de ver tirados los sudores del pasado y los del presente.

Cuando se despeje un poco más el horizonte, y no tenga ningún temor sobre el porvenir de esa población, la Misión dirigirá sus esfuerzos hacia ella para elevarle un templo que pueda corresponder á sus necesidades.

EL EMMO. CARDENAL NETO,

PATRIARCA DE LISBOA.

EL Orden seráfico ha recibido de la Silla apostólica en el finado año de 1884 las muestras más afectuosas de amor y cariño que podía esperar por parte de la Santa Sede, pues el Santo Padre ha tenido á bien honrar el tosco sayal de Francisco con los subidos colores del lirio y del carmin elevando á los Rmos. PP. José Sebastian Neto y Guillermo Massaia al cardenalato, y á los Rmos. Padres Juan Capistrano Tissera, Mariano Morkovie, Benjamin Jeremía y Epifanio Carlassare al Episcopado. El Emo. Massaia pertenece á los Padres capuchinos, y los demás al cuerpo de la Observancia.

El Emo. Neto, Patriarca de Lisboa nació en Lagis, diócesis del Faro, el 8 de febrero de 1841. Aún no ha cumplido 44 años, y es el más joven de los cardenales. Desde su juventud se distinguió por su rara modestia, profunda humildad y vocación al estado religioso. Hizo una carrera brillante, y después de ascender al sacerdocio entró á formar parte de la curia patriarcal de Lisboa. Llamado al estado religioso, abandonó el mundo, y vistió el sayal franciscano en Varatojo. Profesó en 1876, y dando riendas á su vocación partió para las Misiones. Estando ocupado en el ministerio apostólico fué nombrado obispo de Angola y del Congo en 22 de setiembre de 1879. Mostróse como verdadero pastor imitando al divino Maestro, de quien está escrito que *pasó haciendo bien*. Se creyó incapaz para soportar el peso de la mitra, y rogó tres veces al Santo Padre que se dignara aceptar su renuncia, y permitirle volver á vivir retirado en su convento de Varatojo. El Santo Padre no accedió á sus súplicas; muy al contrario, en 9 de agosto de 1883 lo promovió al patriarcado de Lisboa, la primera de las dignidades del reino de Portugal. Rogó con insistencia y con muchas lágrimas al Sumo Pontífice que, vista su inutilidad, le librase de aquel honor que para él se convertía en un peso superior á sus fuerzas; pero todo fué en vano, y debió bajar sus hombros

y someterse á la voluntad del Padre Santo. Dejó el África en diciembre de 1883, y fué recibido en Lisboa con gran entusiasmo. Despues que tomó las riendas del gobierno, dió una buena lección á un sacerdote poco diligente en el cumplimiento de sus deberes.—Hallábase un pobre enfermo en bastante peligro, y la familia llamó al sacerdote, pero no fué oída. Tocaron la campana de la Catedral para avisar al coadjutor de semana, pero el coadjutor no pudo acudir tan presto, y el Patriarca preguntó la causa de aquellos toques. Al momento se levantó y fué en persona á socorrer al enfermo, y administrarle los Sacramentos. Cuando llegó á la iglesia, de retorno de administrar el Viático al enfermo, encontró al coadjutor, á quien dió una reprension paternal, enviándole luego á hacer ejercicios por espacio de tres días en el convento de Varatojo. Este virtuoso religioso fué creado cardenal el 24 de mayo de 1884.

El Emo. Massaia nació en 1809 en Píova, diócesis de Asti, y para recompensar sus 50 años de trabajos apostólicos el Padre Santo lo ha creado cardenal de la santa Iglesia en 11 de noviembre de 1884. Los demás Prelados se ocupan en las Misiones; el Ilmo. Tissera en la república Argentina, el Ilmo. Marcovic en la Bosnia Argentina, el Ilmo. Jeremía en la China, y el Ilmo. Carlassare tambien en la China. Dios les dé largos años de vida para bien de los pobres infieles, y gloria de la Iglesia católica.

FR. JERÓNIMO AGUILLO.

UNA MEDALLA DE LA VÍRGEN.

En 1857, en el sitio de Constantina, un jóven oficial francés fué derribado por una bala que le dió en mitad del pecho. Sorprendido de sentirse aún con vida tras semejante choque, se lleva la mano á la parte contusionada y comprueba con alegría fácil de comprender que no ha recibido lesion alguna. Pudiendo apenas comprender tamaña dicha, se palpa en todas direcciones y encuentra debajo de su ropa la bala que habia dado con él en tierra. Estrecha piadosamente aquella bala cual reliquia gloriosa, y congratulándose por la solidez de su esternon, vuelve al combate lleno del nuevo ardor. Mas en breve le detiene una segunda bala en la pierna. Esta vez la herida es más grave, hay que llevárselo del campo de batalla, y la curacion fué tan lenta que tuvo una licencia mientras convalecía y pudo regresar á Francia. ¡Cosa extraña! Al examinar la bala vió impresa en ella la huella de una medalla que se habia grabado en el plomo como un sello en la blanda cera. ¡La bala habia dado contra la medalla que una madre piadosa habia suspendido á su cuello para preservarlo del peligro! La medalla habia desempeñado muy bien su papel. Pero ¿cómo habia podido grabar su imagen en el metal al través de las ropas? Era un hecho que nuestro jóven oficial tuvo que declarar inexplicable, contentándose con aprovecharlo sin ocuparse más de él.

Al finalizar el tiempo de su licencia, fué á París. Era en las últimas semanas de la Cuaresma, y además del deseo de volver á la capital, no le pesaba al jóven librarse de la austeridad con que se observaba la abstinencia en la casa paterna.

Una tarde sorprendióle un chubasco en las inmediaciones de Nuestra Señora de las Victorias, y entró en

la iglesia para buscar un refugio contra la lluvia. El cura referia alguno de los hechos extraordinarios de las curas milagrosas obtenidas por la intercesion de la Santísima Vírgen. Las paredes del templo están literalmente tapizadas de exvotos y placas conmemorativas, cuya explicacion exigiria volúmenes.

El oficial, que escuchaba al principio con aire distraído, prestó en breve más atencion á lo que oía: aquellas historias le recordaban la suya. Se sonreía para consigo mismo y se decía en voz baja:

—¡Ah, señor cura! Si supiera V. lo que me ha sucedido, ¿qué diría?

Al fin, como impulsado por una fuerza misteriosa, cuando el sacerdote se dirigió á la sacristía fué á su encuentro y le dijo:

—¿Por ventura cree V., señor cura, en todo cuanto acaba de referirnos?

—Ciertamente, caballero: todos esos hechos son completamente auténticos; he sido personalmente testigo de varios de ellos, y debo los demás á personas dignas de toda confianza.

—¿Y á eso llama V. milagros?

—Son por lo menos hechos muy extraordinarios, en los cuales no parece imposible ver la intercesion de la Santísima Vírgen.

—¡Pero, entonces, lo que me ha sucedido es un milagro!

Y le refirió la historia de su bala, y le enseñó la bala y la medalla, que llevaba siempre consigo.

¿Qué pasó despues entre aquellos dos hombres? Sin duda el sacerdote hizo comprender al soldado que un hueso, por sólido que sea, no se halla en estado de resistir una bala, sobre todo cuando ésta posee bastante fuerza para aplastarse contra una delgada hoja de metal; que aquella impresion inexplicable, hecha á pesar de la interposicion de los vestidos, no podia mirarse como un hecho natural; que la circunstancia misma, tan natural en apariencia, que lo habia conducido á aquella hora á dicha iglesia, por decirlo así, á pesar suyo, podia tambien ser considerada con razon como una gracia especial, etc. En suma, el oficial se sintió convencido, cayó de rodillas y se confesó.

Poco despues pidió su retiro y se encaminó á Roma. Allí entró en el seminario francés, y pocos años despues se le ordenó de sacerdote.

Quiso entonces regresar á aquella tierra de Africa, regada ya con su sangre; pero no ya espada en mano y para imponer por la fuerza la dominacion francesa: su arma era un crucifijo, é iba á llevar á los pobres negros, á las poblaciones más salvajes y más degradadas de la tierra, palabras de paz y redencion.

El jóven oficial herido en Constantina y condecorado con la Legion de honor no era otro que el venerable P. Papetart, vicario general de las Misiones africanas, que ha muerto en Niza, adonde sus superiores le habian enviado para tratar de restablecer su salud, estragada por tantos trabajos, padecimientos y fatigas.

